

LA CLÍNICA
CASTELLANA
al Dr. EMILIO ALVARADO

SL
F-1991

Mayo 1915.

R. 132119

SL F-1991
500

LA CLINICA CASTELLANA

AL DOCTOR

EMILIO ALVARADO

MAYO 1915



DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION:

Macías Picavea, 38 y 40.-Valladolid

TIPOGRAFÍA CUESTA

Tit. 11012
e. 236384



COLABORADORES DE ESTE NÚMERO

Alba, Santiago.
Alvarez, Melquiades.
Azcárate, Gumersindo.
Cabello, Remigio.
Calleja, Camilo.
Carballo, Moisés.
Clavero del Valle, Gerardo.
Clemente Guerra, Luciano.
Conde, Luis Antonio.
Cuadrado, Ezequiel.
Dato, Eduardo.
Diez Pinto, Luis.
Domingo, Félix.
F. Arrimadas, Nicolás.
García Durán, Román.
G.-Camaleño, Miguel.
Igea, Félix.
Infante, Antonio.
Jalón, Antonio.
Maura, Antonio.

Márquez, Manuel.
M. Bellogín, Eugenio.
Menacho, M.
Meruéndano, Ildefonso.
Mialhe, Luis.
Obispo de Jaca.
Olea Pimentel, Alvaro.
Romanones, Sr. Conde de
Rosales, Gumersindo.
Roldán Trápaga, Luis.
Royo Villanova, Antonio.
Sánchez Arés, Gabino.
Silió, César.
Tolosa Lafour, Manuel.
Torre Ruiz, Andrés.
Valdivieso, Ramiro.
Vallejo, Santos.
Zarandona, Francisco.
Zuloaga, Pedro.

Al Doctor Emilio Alvarado

Soñábamos con cerrar dignamente el homenaje que el pueblo de Valladolid te ha dedicado, aunque a ello se opusieran tu modestia y nuestra insignificancia.

Perdona que a la primera la olvidemos, y que la segunda hayamos procurado ocultarla entre las firmas de pensadores, políticos y literatos que acudieron noblemente a ensalzar tu nombre.

Ellos han hecho realizable nuestro sueño; sean estas primeras líneas de admiración hacia tí, a la par que de agradecimiento a los ilustres colaboradores que vienen por una vez a honrar las columnas de

LA CLÍNICA CASTELLANA



El doctor Emilio Alvarado

EL DOCTOR ALVARADO

Unas cuantas fechas.

Hace más de diez años merecía ya el doctor Alvarado el homenaje de hoy. Por entonces, en 1903, escribió, seguramente, la obra más bella y más profunda de todo cuanto ha producido, pero los médicos, más atentos a utilizar la labor que a sentirla y dignificarla, dejaron pasar la obra y la fecha sin el reconocimiento justo que merecía. Por esto, un estado sentimental ha provocado el homenaje al sabio.

Nació en Burgos el año 1853. Vino a Valladolid por el año 1864, cuando su padre don Pablo, también oculista, trasladó la consulta. Estudiaba el bachillerato, que terminó para cursar la carrera de medicina. A los pocos años, un viaje a Francia, cuando la guerra franco-prusiana, le hizo interrumpir sus estudios, que poco tiempo después reanudó hasta hacerse médico. Marchó a Burgos y se estableció como oculista. Al año siguiente, murió su padre, y volvió a Valladolid, a encargarse de la consulta, en unión de su hermano Juan, el cual murió también al poco tiempo, quedando otra vez la consulta a su cargo, pero con la colaboración de su hermano político, el doctor Adolfo Alvarez, hombre excelente y también de una inteligencia nada vulgar.

Trabajó mucho y con gran fruto, pero su inteligencia fuerte, su temperamento de investigación, le empujaron a Francia en el año 1880 para recibir las enseñanzas de los dos más afamados oculistas, los maestros Wecker y Galezowski, de donde vino orientado y completo en sus deseos.

En esta fecha empieza su labor de maestro. Lleno de entusiasmos dedicó todas sus energías a la oftalmología, haciéndose conocer a los pocos años, dentro y fuera de su país, como uno de los oculistas de más valer.

El número de trabajos, publicados por este hombre, es infinito. Tanto en el terreno experimental, como en el especulativo de la ciencia, ha conseguido éxitos enormes que le han valido la consideración de los escritores más afamados.

El doctor Sydney Stephenson, le nombró corresponsal de su revista, *The Ophthalmoscope*, A Monthly Review of Current Ophthalmology, único que tiene en España.

Había pedido el doctor Stephenson, al doctor Alvarado, algunos datos sobre la oftalmía purulenta, y ellos fueron tan precisos, tan completos, tan bien informados y documentados, que el doctor Stephenson, no supo hacer otra cosa, reconociendo el mérito de este hombre, que nombrarle corresponsal de su revista, rogándole al mismo tiempo que le enviara cuantos trabajos quisiera para su publicación.

Su labor ha influido notablemente en el desenvolvimiento y evolución de la oftalmología moderna. Hombre sagaz y de inteligencia recia, ha sido fuente en la que muchos han bebido admirables teorías, que han desarrollado y comentado después haciendo labor fecunda.

Al doctor Alvarado, a sus trabajos, acude todo el que quiera informarse bien en esta rama de la ciencia.

El Dr. Eperon (Lausanne) *Notas clínicas sobre el desprendimiento retiniano, en particular sobre su tratamiento* (1) dice en este bello artículo: «Estando este trabajo destinado especialmente a los prácticos, y no pretendiendo, como he dicho más arriba, ninguna innovación, me abstendré de citar todos los numerosos trabajos análogos escritos a este sujeto. No mencionaré más que los que para mí han presentado un interés particular, concerniente a tal o cual punto de detalle. Debo hacer excepción a la interesante publicación de los Dres. Alvarado y Alvarez, aparecido en este mismo periódico (1902 noviembre y diciembre). Mis observaciones concuerdan en gran parte, con las de estos autores, y me consideraría muy dichoso si pudieran añadirse, aunque sea poco, a su estudio tan práctico y completo del tratamiento del desprendimiento retiniano.

Siguiendo el ejemplo de nuestros distinguidos colegas, (cuyo nombre aparecerá diversas veces en el transcurso de este artículo) empezaré haciendo un poco de estadística».

En otra página dice: «Un tercer medio curativo, cuyo valor ha sido ya señalado por Wecker, pero ha sido especialmente dado a luz por Alvarado y Alvarez, es el tratamiento mercurial, en fricciones o por vía interna. Como notan muy justamente, los autores precitados, etc.» y así podríamos citar otros muchos. Es decir, que el doctor Alvarado, no es uno de esos médicos distinguidos, vulgares, hombres amables y discretos, que defienden dignamente un título profesional, sino que, fecundo e inteligente es uno de los oculistas que más y mejor han producido en el mundo civilizado. Es, sencillamente el maestro español, abandonado, desconocido y olvidado de sus compañeros, como es ya natural en esta tierra querida, hasta que la sana intuición de un hombre del pueblo viene a descubrirnos con orgullo, una cosa de tanto valor.

FÉLIX DOMINGO,

Redactor de «La Clínica Castellana».

(1) *Archivos de oftalmología Hispano-Americanos*, 1906.

.

Es alto ejemplo de virtud social la colectiva manifestación de gratitud hacia quien, como el doctor don Emilio Alvarado, sacrificando sus propios intereses, ha dedicado su larga vida profesional a hacer el bien a los necesitados, difundiendo entre ellos los métodos científicos para la previsión de enfermedades y proporcionándoles gratuitamente su asistencia y su curación.

Es copiosísimo el fruto de obra tan excelsa. Mucho representa el bien material que ha reportado y más si se considera que ha sido hecho a tiernas criaturas, salvadas de la ceguera que les amenazaba. Pero aun es de mayor estimación el beneficio moral que produce tan altruista y levantado proceder, porque los pobres hallan en la solicitud de quien así les favorece una prueba de solidaridad social, que es fuente de estímulos para el mañana, de confianza en la Sociedad y de afecto a todos.

En tal ambiente, no puede sorprender el homenaje que, por unánime acuerdo y espontánea acción, se dedica hoy al ilustre doctor Alvarado, cuyos meritísimos servicios aplaudo fervorosamente.

EDUARDO DATO



.

El ser una de estas cosas: sabio, filántropo o apóstol, es bastante para que el público le premie. ¿Qué decir de quien es a la vez las tres?

GUMERSINDO DE AZCÁRATE

DISCURSO pronunciado por el concejal del Excmo. Ayuntamiento de Valladolid, don Alvaro Olea Pimentel, en el homenaje tributado al doctor Alvarado, el día 11 de abril de 1915.

SEÑORES:

Bien os daréis cuenta de que sería empeño vano, no sólo de mí, sino del que tuviera condiciones que a mí me faltan, el tratar de expresar con la palabra los sentimientos profundos de admiración y gratitud que a todos nos congregan. Seguro estoy de que vosotros participais de ellos, y puesto que en todos viven, con haberles cobijado y ahora expresarles con vuestra presencia, sois más elocuentes, infinitamente más, que pudiera serlo el más hábil artista de la palabra.

Venimos a cumplir un acuerdo del Excmo. Ayuntamiento de Valladolid; bastó que un día iniciase la idea el que tiene el honor de hablaros, para que fuera acogida y querida por todos. El día que se leyó la proposición, unas brevísimas palabras mías la precedieron; no eran menester largos discursos para defender una proposición que, como habeis podido ver, no era de un grupo de concejales, sino del Ayuntamiento en pleno; todas las fracciones se levantaron para rendir un homenaje al nombre del doctor Alvarado, y especialmente la minoría socialista, que al mostrarse conforme con lo propuesto, quiso que se hiciera constar que el acuerdo se tomaba por aclamación. No os podeis figurar la satisfacción inmensa que entonces experimenté; una atmósfera serena reinaba en la sala, yo salí en aquel momento de ella, por temor de que nuevos asuntos pudieran dividirnos en aquella noche; fuí a casa solitario y gozando a solas con el recuerdo, porque la soledad como sabeis es la compañera preferida de las grandes emociones. El Ayuntamiento había realizado una obra grande haciéndose intérprete de lo que Valladolid siente por la persona del doctor Alvarado. No he de hacer aquí inventario de sus méritos por ser de todos sabidos; baste con decir que curó con solicitud durante treinta y ocho años a los enfermos pobres y les dió cuanto pudo darles que fué... su vida entera.

La fiesta de hoy tiene gran transcendencia. Es sin exageración alguna, una piedra miliar que señalará el camino de otras parecidas.

Nada más grande que tener ocasión de expresar la gratitud, nada más consolador que la satisfacción de ver el que se esforzó, que su esfuerzo no se ha perdido.

En esta tierra, no prodigamos las alabanzas ni los aplausos, como nuestros campos tampoco crían esas plantas que en las tierras tropicales crecen visiblemente en el tiempo que separa a dos posturas de sol. Esta (como ya en otra ocasión dije) es la tierra de los pinares y los encinares, que crecen lentamente, muy lentamente, pero cuyas maderas son duras y olorosas y ¡sus hojas perennes!; los hombres de esta tierra tendrán que parecerse a sus plantas, han de crecer despacio, y resistir el frío, el cierzo y otras veces el sol canicular que todo lo abrasa, y que en la esfera de lo moral está representado por las pasiones que nos matan; a todo esto tiene que resistir para ser merecedor de ser llamado hijo de esta tierra.

Emilio Alvarado fué de esos hombres, y por eso el Excmo. Ayuntamiento nos hizo mensajeros de su gratitud y nos ordenó que le abrazáramos en nombre de Valladolid, para el que os pido un viva entusiasta ¡Viva Valladolid! ¡Viva Emilio Alvarado!

SIGNIFICACIÓN DEL HOMENAJE DEL AYUNTAMIENTO AL DOCTOR DON EMILIO ALVARADO

Un deber de intensa gratitud al oculista eminente doctor Emilio Alvarado, inspiró al concejal señor Olea la proposición que suscrita por él y otros varios señores del Concejo, en representación de las distintas fracciones que le integran, se presentó a la Corporación Municipal en sesión celebrada el día 26 de febrero último, solicitando: 1.º Que se le nombrase médico honorario de la Beneficencia Municipal. 2.º Que una Comisión del Ayuntamiento le notificara dicho acuerdo, con entrega de certificación del acta correspondiente.

El Ayuntamiento lo acordó por aclamación y pocos días después, en el mismo Consultorio en que el señor Alvarado ha prodigado los dones de su excelso saber e inagotable caridad, tenía efecto el homenaje proyectado, en forma tan sencilla, espontánea y conmovedora, que cuantos tuvimos el honor de asistir, sentimos el escalofrío que se produce siempre en las multitudes cuando su alma se identifica con la idea noble que las congrega. Fué aquel un acto, más que de justicia, de expansión entusiasta de parte de los afectos purísimos para nuestro Alvarado, que Valladolid acumulara durante los treinta y ocho años que ha dedicado a la curación gratuita de cuantos a él se han aproximado en demanda de sus sabios auxilios profesionales.

Aquel acto inolvidable, hizo pensar a algunos de los que le presenciaban que Valladolid reclamaba algo más que demostrar, como entonces lo hacía, su gratitud al ilustre especialista; que aquellas manifestaciones de afecto entusiasta, de verdadera idolatría, sólo se producen por algo íntimamente unido al pueblo, por lo que nos pertenece, *que es nuestro*; y que ya que esta hidalga ciudad no tuvo la suerte de ser cuna de Emilio Alvarado, debía demostrarle que ansiaba tener la honra de que pudiera ostentar el título de vallisoletano. Y al Ayuntamiento se le pidió que le declarase su hijo adoptivo y el Ayuntamiento se honró tomando también por aclamación ese acuerdo en sesión celebrada el día 25 de abril.

El homenaje dedicado a Emilio Alvarado por el pueblo de Valladolid, significa, pues, una prueba de gratitud debida al gran filántropo y oculista; y las manifestaciones, verdaderamente emocionantes, que en el acto en que se realizó se produjeron, demuestran que el Ayuntamiento tuvo en esta ocasión el acierto de interpretar un noble sentimiento de todas nuestras clases sociales, que quieren con intenso cariño a quien ya, para gloria de este pueblo, es un ilustre vallisoletano más, es nuestro Emilio Alvarado, bendito por innumerables desgraciados y admirado por todos.

ANTONIO INFANTE ANSA,
Alcalde de Valladolid.



Excmo. Ayuntamiento
de Valladolid

D. Rufino Baragoza Dominguez, Abogado del
Ilustre Colegio de esta Ciudad, Secretario del
Excmo. Ayuntamiento de la misma,

CERTIFICO: Que en la sesión celebrada el día 26 de Febrero próximo pasado, se dió lectura de la siguiente proposición: "Al Excmo. Ayuntamiento. Los Concejales que suscriben tienen el honor de elevar a V. E. la siguiente proposición. Siendo notorios los servicios médicos prestados a las clases pobres durante treinta y ocho años por el Doctor de esta Capital, D. Emilio Alvarado, estiman que se ha hecho merecedor a que el Excmo. Ayuntamiento le signifique de un modo oficial su gratitud y que a este efecto acuerde: 1.º Nombrarle Médico honorario de la Beneficencia Municipal. 2.º Que una Comisión de este Ayuntamiento le entregue el acuerdo haciendo entrega a dicho señor de la certificación del acto de este día. Palacio Municipal de Valladolid 17 de Febrero de 1915.—Alvarado Diez y Fimentel, Luis Robán Trépoza, Leopoldo Stampa, Corbio Santos, Trifón Calleja de Blas."

Darios señores hicieron uso de la palabra para adherirse a la anterior proposición, acordándose por aclamación lo propuesto en la misma, así como que se celebre un acto público en el Instituto Oftálmico que dirige el Sr. Alvarado, para el cumplimiento de referido acuerdo.

*Y para que conste expido la presente visada por el señor
Alcalde, en Valladolid a 2 de Marzo de 1915.*



El Alcalde

Rufino Baragoza

El Secretario

Rufino Baragoza

Emilio Alvarado, Médico de la Beneficencia Municipal

En la admirable labor realizada en el transcurso de su vida profesional, hay dos aspectos distintos y dignos de admiración. El del hombre de ciencia que, merced a sus excepcionales dotes intelectuales y a su laboriosidad, logra reunir un gran caudal de conocimientos científicos y ser una autoridad indiscutible en la especialidad que cultiva; y el del médico altruista que pone todas sus actividades y energías, al servicio de un ideal; el de hacer el bien.

Plumas más autorizadas que la mía, se encargarán de hacer el comentario a su labor científica; yo, en la medida de mis escasas fuerzas, trataré de demostrar este segundo aspecto de su valor, y hablaré del doctor Alvarado como médico de los pobres.

Los que ejercen la honrosa profesión de la Medicina, saben qué gran cantidad de esfuerzo y perseverancia son necesarios para sostener durante más de treinta años una consulta gratuita. Se lucha en ella no solamente con la enfermedad en las más desfavorables condiciones, toda vez que sobre estos enfermos pesa el factor deprimente de su pobreza y la carencia por consiguiente de medios, que como la alimentación adecuada y la buena higiene de las viviendas, tanto coadyuvan al éxito del tratamiento, sino también con algo que desalienta y desanima: ¡la ingratitud!

Que Alvarado ha sabido triunfar de ambas, lo dicen, con más elocuencia que yo pudiera expresarlo aquí, las condiciones que de labios de los beneficiados se escuchan por todas partes, como pago a su labor fecunda y desinteresada.

Emilio Alvarado viene prestando desde hace treinta años en Valladolid servicios profesionales, dentro de su especialidad, propios de un médico de la Beneficencia Municipal.

En efecto: primero en su propia casa y después en el Instituto oftálmico, trató a miles de enfermos pobres de la Beneficencia. Los médicos de esta Corporación, sobre los que pesa un trabajo enorme por el gran número de familias incluídas en el padrón para la asistencia médica, acudieron siempre a Alvarado, en todos aquellos casos que requerían un tratamiento oftálmico especial; y Alvarado jamás desatendió

las indicaciones de sus compañeros, poniendo a contribución de los pobres, su trabajo, su ciencia y hasta su dinero.

Vemos, pues, que la obra profesional del doctor Alvarado, se caracteriza por su desinterés, su amor a los pobres, su abnegación sin límites, su incansable actividad, que unidas a una modestia tan grande como sus merecimientos y competencia científica, hacen de él, el prototipo del médico ejemplar.

Por estas razones, el acuerdo de nuestro Excmo. Ayuntamiento, nombrándole médico honorario de la Beneficencia, no ha sido más que un acto de justicia, la ratificación de un cargo que de hecho venía desempeñando hace muchos años. Como compañero de Cuerpo le considerábamos nosotros, y como a tales nos trataba él.

El Cuerpo Médico de la Beneficencia Municipal, se siente orgulloso al acoger en su seno oficialmente al doctor Alvarado, quien no solamente no recibe merced en ello, sino que viene a honrarnos.

El Ayuntamiento le nombró médico honorario. La Beneficencia Municipal le proclama su médico honorable.

LUIS DIEZ PINTO,

Decano del Cuerpo de la Beneficencia Municipal.

ALVARADO

El matiz más simpático de su relevante personalidad, es el de ser un «hombre bueno», ya que eso es todo lo que se puede ser en el mundo.

Con ser grande su competencia científica y portentosa su actividad mental y admirable su labor técnica, aún es más grande, más portentosa, más admirable su constante inclinación a hacer el bien y su empeño en hacerle modestamente, oscuramente, silenciosamente, que es como el bien ha de hacerse para que resulte meritorio.

Es más fácil ser sabio que ser bueno. Por eso la bondad es la reina del mundo y se ha impuesto a los hombres y ha triunfado de los tiempos, simbolizando su reinado el reinado de Cristo sobre la tierra, ya que cuando Dios quiso mostrarse como hombre se ofreció en la envoltura de un hombre bueno, para enseñar a las gentes que sólo en la bondad puede encontrar asiento la grandeza.

Alvarado es hombre bueno. Lo dicen su porte modesto, su labor callada, la serenidad de su espíritu, la afabilidad de su trato, su llaneza infantil, su vida entera dedicada al trabajo, consagrada a todos menos a él.

Lo dicen esos cuarenta años que, día tras día, lleva empleado en servir a los pobres, curándoles sus males, y consolándoles sus penas, sin aspirar siquiera a que su sacrificio se conozca y aun sin querer que sepa nadie que eso sea sacrificio.

El da la vista al ciego, consuelo al triste, medicina al enfermo y ayuda al necesitado. El hace el bien a diario y en hacerle no busca recompensa, sino que, para hacerle mejor, consume en el bien ajeno los recursos propios y reparte a los pobres su ciencia y su dinero.

Es de elemental justicia honrar a Alvarado, pues Alvarado merece que el pueblo le honre y le presente como ejemplo de un bien obrar constante que, por lo mismo que sirvió a todos abnegadamente, se hizo acreedor a la suma gratitud de todos.

Canten otros al sabio. Hablen, los que sepan hacerlo, de la obra científica de don Emilio Alvarado.

Yo no sé de eso. Yo sólo puedo hablar de su vida en favor de los humildes. Yo sólo puedo hablar de su bondad y a su bondad atribuir su triunfo.

Para mí, su mayor sabiduría es la de haber sabido ser bueno.

FRANCISCO ZARANDONA,
Diputado a Cortes.

SU LABOR SANITARIA

Cerca de cuarenta años empleados desinteresadamente en curar o aliviar las desdichas humanas, sin intervalo alguno de tiempo que dedicar al servicio de otras aptitudes o de otras ambiciones, bien merecen el homenaje que el Ayuntamiento de Valladolid y con él todos los médicos, amigos y admiradores hemos consagrado al insigne doctor Alvarado.

Pero como no me está a mí dado el enfocar a este eximio médico en todas las varias posturas naturales de su propio valer intelectual y afectivo, dejemos que esto lo hagan plumas de mayor competencia, quedando a la mía reservado el dar tan sólo algunas pinceladas en el claro oscuro del retrato que destaquen la viva imagen que aquellas han de trazar, en justo loor y como tributo merecido al eminente oculista don Emilio Alvarado.

Ciertamente que es meritoria toda su historia médica llena de sacrificios; ciertamente que es grandiosa toda su labor por entero consagrada al culto de su especialidad; nadie dudará tampoco de los triunfos de su entendimiento que han sancionado científicos Congresos y sabios de todas las naciones, y mucho menos dejará de reconocerse por todos al doctor Alvarado el desinterés de sus esfuerzos y de sus energías todas puestas constantemente al servicio de los necesitados, que hallaron siempre en él los solícitos cuidados de su ciencia y caridad.

Mas con ser ya esto mucho y sobrado para el homenaje rendido, aun su figura se abrillanta y agranda mucho más a mi vista cuando le veo como inspirado autor, como higienista convencido, como defensor entusiasta, como propagador incansable de unos **Mandamientos**, que con el sugestivo título «*Aviso a las Madres*» han recorrido en hoja volandera todas las latitudes del mundo y todos los rincones de nuestra España, habiendo evitado y prevenido con tan sabios preceptos que la enfermedad que mayor causa era de los ciegos que había en todas partes haya quedado en la actualidad reducida al menor y casi excepcional motivo de dicha desgracia, merced al más general conocimiento de la enfermedad en cuestión y al mejor tratamiento empleado.

Y cómo se ha realizado este milagro? Pues no de otro modo que a fuerza de propaganda higiénica una y mil veces repetida por el doctor Alvarado. Permítasenos que para contribuir una vez más a esta misma propaganda y como tributo de honor a las primeras instrucciones que la iniciaron las insertemos en estas columnas que, si las condiciones de su confección o ajuste no lo impiden, yo quisiera orlarlas con laureada cenefa. Hélas aquí:

AVISO A LAS MADRES

PELIGROS DE LA OFTALMÍA PURULENTO DE LOS RECIEN NACIDOS

1.º La oftalmía purulenta de los recién nacidos es, según todas las estadísticas del mundo, una de las enfermedades que da mayor contingente de ciegos.

2.º Se manifiesta casi siempre del segundo al cuarto día del nacimiento, algunas veces antes, raramente después.

3.º Se caracteriza por una hinchazón más o menos intensa de los párpados y por la secreción de un pus blanquecino o amarillento que fluye en mayor o menor cantidad cuando se entrecierran los ojos.

4.º La causa más frecuente es la infección producida por el contacto de los ojos del niño con las secreciones anormales del aparato genital de la madre.

5.º Si no se presentan los niños al médico, para que sean tratados, tan pronto como aparecen los primeros síntomas, el pus en contacto de la córnea, ulcera esta membrana y llega a destruirla por completo, en pocas horas, haciendo imposible la curación. Por el contrario la oftalmía se cura casi siempre, cuando se emplea desde el principio un tratamiento racional.

6.º Esta enfermedad es extremadamente contagiosa y adquiere mucha más gravedad en las personas mayores.

7.º Para prevenir la oftalmía es de absoluta necesidad que las madres, aun cuando estén completamente sanas, extremen los cuidados de limpieza antes y después del parto.

8.º Las personas encargadas de la asistencia de la madre y del recién nacido se jabonarán y lavarán las manos con agua caliente previamente hervida, antes y después de tocar a cualquiera de los dos.

9.º Inmediatamente después del nacimiento, lo primero que debe hacerse, es limpiar las cejas, la piel y borde de los párpados del niño con una bolita de algodón empapada en agua tibia, secando en seguida estas partes con otra bolita de algodón o con un trapito muy fino y limpio.

10. No se sumergirá la cabeza del niño en el mismo baño donde se haga la limpieza del resto del cuerpo.

11. No se emplearán esponjas para nada, y se quemarán en seguida los objetos de poco valor que se hayan utilizado para la limpieza.

12. Las ropas sucias se retirarán inmediatamente de la habitación de la parida y se echarán en agua hirviendo.

13. Tan pronto como se inicie la enfermedad se llamará con urgencia al médico, y mientras llega éste, se lavarán frecuentemente los ojos del niño con agua tibia, previamente hervida, no dejando que permanezca en los ojos, ni un momento la más pequeña cantidad de pus.

14. No escuchar a nadie que trate de quitar importancia a la enfermedad y mucho menos a los ignorantes que creen favorable la supuración (el más grave de todos los síntomas) y aconsejan como único tratamiento el lavado de los ojos del niño con leche del pecho de la madre. Ni aun el mismo médico puede algunas veces, a pesar de los grandes medios de diagnóstico con que cuenta, distinguir cuando una oftalmía revestirá la forma benigna o la grave.

15. El médico debe emplear siempre algún procedimiento profiláctico; reservando los más enérgicos, entre estos preferentemente el de Credé, para los casos en que por circunstancias especiales de los padres se crea posible la infección de los ojos del recién nacido.

Estas sencillas e interesantes instrucciones fueron primeramente impresas en hojas sueltas y de ellas hizo una tirada de 40.000 que repartió profusa y gratuitamente por todas partes, haciendo igualmente dos ediciones de 4000 ejemplares de un opúsculo titulado *Breves apuntes sobre la profilaxia de la oftalmía purulenta de los recién nacidos*, escrito, según cuenta el propio autor, precipitadamente «sin esperar a corregir y ordenar los apuntes y datos que tenía coleccionados para este trabajo, sin reparar en lo defectuoso que resultaba, atento sólo a la utilidad que pensé podía reportar», y movido y conmovido por algunos casos de aquella enfermedad que había recientemente tratado.

Tan útil folleto llevaba por lema la axiomática frase del Profesor de Breslau, doctor Hermann Cohn: «*La oftalmía purulenta de los recién nacidos puede y debe desaparecer de todo país civilizado*» y estaba dedicado a las profesoras en partos, repartiéndose también gratis, hasta agotar la edición, a todo médico, practicante y comadrona que quiso recogerle.

Para que esta propaganda llegara a conocimiento del mayor número posible de personas, se dirigió a los Directores de los más principales periódicos rogándoles *que sin citar su nombre para nada*, puesto que no lo estimaba necesario, se ocuparan en la forma que creyesen más conveniente de los preceptos de higiene expuestos en el folleto.

Así, con tan sincera modestia, con tan noble altruísmo y con tan sentido deseo comenzó el doctor Alvarado esta su hermosa labor sanitaria, divulgando preceptos y consejos que han salvado a tantos inocentes niños de sufrir las fatales consecuencias de la oftalmía purulenta.

A partir de este momento (1901) periódicos nacionales y extranjeros se disputan el honor de reproducir aquellas máximas; el nombre del doctor Alvarado, pese a su modestia, se difunde por todas partes y Corporaciones provinciales y municipales le ayudan en tan humanitaria obra publicando por su cuenta cartillas higiénicas que divulgan cada vez más los peligros de dicha enfermedad y el modo de evitarla.

No era, sin embargo, esto bastante al doctor Alvarado para satisfacer las necesidades de su inteligencia y los impulsos de su corazón; afanoso e incansable por conocer más y mejor la frecuencia y gravedad de aquella terrible enfermedad y los medios más comúnmente empleados para su profilaxia y tratamiento, se dirige de nuevo a la mayor parte de los médicos oculistas de todas las regiones de España y a muchos tocólogos y oculistas extranjeros rogándoles le contesten al cuestionario que les envía y cuya importancia es tan señalada, que bien merece que aquí también le copiemos:

«1.^a ¿Cuántos nacimientos figuran en los libros del Registro civil de esa población en el año 1896 a 97?

»2.^a ¿Cuántos niños padecieron de oftalmía?

- »3.^a ¿Cuántos se curaron?
- »4.^a ¿A cuántos les quedaron lesiones y cuáles fueron éstas?
- »5.^a ¿Qué tratamiento emplearon?
- »6.^a ¿Qué cuidados se siguen con la madre antes y en el momento del parto?
- »7.^a Si la madre tiene algún flujo, ¿acostumbran a tomar algunas precauciones?
- »8.^a ¿Lavan los ojos a los niños?
- »9.^a ¿En qué momento del nacimiento, cómo y con qué se les lavan?
- »10. ¿Cuántos ciegos existen en los Establecimientos de beneficencia de la población?
- »11. En éstos, ¿cuántos perdieron la visión a consecuencia de la oftalmía purulenta?
- »12. ¿Qué lesiones les quedaron?»

Parecía natural que datos tan fáciles de adquirir y consignar no hubiera nadie que dejare de hacerlo, máxime cuando iban a servir para cooperar en una hermosa obra humanitaria en beneficio de los pobres niños; pero, sin duda, por ese *defecto de la voluntad* de que en ocasión solemne se lamentaba el ilustre Inspector general de Sanidad doctor Martín Salazar, refiriéndose a la apatía de la clase médica para los servicios estadísticos demográficos, muchos, muchísimos no contestaron a aquel cuestionario y alguno se permitió hacerlo en forma que merecía la execración de su nombre. Ni éste, ni aquéllos supieron comprender los nobles y desinteresados propósitos que inspiraron al doctor Alvarado, ni seguramente hoy mismo se han dado cuenta de que quien no sabe sacrificarse en beneficio de los demás, no es digno de pertenecer a la clase médica, que es todo amor y sacrificio.

No en vano, pues, otro filántropo de tan gran corazón como lo es el doctor Tolosa Latour, le alentaba con este motivo a continuar su obra con estas hermosas y consoladoras palabras: «No desmaye en su propaganda en favor de los niños. Tendrá usted sinsabores y penas, pero habrá sembrado buena semilla y ella fructificará, siquiera sea tarde»; y otro no menos ilustre colega, el doctor A. Dastol, del Instituto oftalmológico provincial de Mons (Bélgica) al felicitar al doctor Alvarado por sus trabajos y genial idea de difundirlos por todas partes, le expresa en sentida carta de felicitación su esperanza de que «el gobierno de vuestro país os sabrá apreciar y recompensar como merecen dado el fin humanitario que ellos tienen». ¡Qué contrastes de ideas y sentimientos!

Pero aun cuando las contestaciones a dicho cuestionario no fueron, como decimos, tan completas y numerosas como había derecho a esperar, fueron, sin embargo, suficientes para reunir datos y formar estadísticas que le permitieron calcular de modo aproximado en 300.000 el número total de ciegos existentes en Europa en 1897, correspondiendo

a España las siguientes tristísimas cifras: 7000 recién nacidos padecen la oftalmía purulenta, pasando de 300 los que por consecuencia de ella pierden por completo la visión y de 800 los que pierden un ojo y quedan con la vista muy debilitada.

Datos son los expuestos para que quien, como el doctor Alvarado, tiene tan hondos sus altruístas sentimientos, tratara de difundir por todos los medios los conocimientos que relativos a tan grave afección nadie debe ignorar. Y aun cuando no es mi propósito, por no estar de ello encargado, dar detallada cuenta de todos sus trabajos publicados sobre tan terrible dolencia, sí diré que su concienzuda e ímproba labor ha sido tan grandiosa en dicho sentido que no creo pueda hoy repetirse aquella satírica pregunta que hacía el distinguido oculista doctor López Ocaña en su monografía sobre «*Inflamaciones de la conjuntiva*»: «¿Tan poco se ha propagado la ciencia que aún los padres de un niño, de cuyos ojos fluye pus en abundancia perseveran en un quietismo censurable y casi criminal?»

Mas también convenía preguntar: ¿Y qué han hecho nuestras autoridades, mejor dicho, nuestros Gobiernos, a pesar de tantas excitaciones como se les ha dirigido en todos estos trabajos para que tomase medidas iguales o parecidas a las que rigen en todos los países civilizados del mundo?

Absolutamente nada han legislado para preservarnos de una enfermedad que ciega tantos cientos de niños todos los años; más aún, no hay que sepamos nada exprofeso escrito en España para las comadronas y practicantes que les llame la atención sobre los peligros de esta oftalmía; y es por este conocimiento adquirido por el doctor Alvarado; y es por este convencimiento de la necesidad de subsanar tan grave deficiencia oficial cómo nuestro gran higienista y gran filántropo se decide urgentemente a llenar tal vacío, a salvar tal omisión traduciendo y publicando a sus expensas y sin el apoyo material de nadie las «Instrucciones para las Comadronas» decretadas en 1894 en Lausanne, Canton de Vaud, Suiza, de las cuales hace diferentes ediciones, sin pedir por su trabajo otra recompensa que, aquellos a quienes se les dedica, le lean con atención y practiquen sus preceptos con solicitud encargándoles no más cumplan con el deber que tienen de velar por la salud de los niños «como si fueran todos vuestros propios hijos; ellos, añade, os colmarán de bendiciones».

¡Decídme, si apostolado semejante, no merece por sí sólo un homenaje grandioso!

Pero, ¿a qué más continuar? Preciso es poner término a esta desaliñada reseña de la propaganda higiénica de nuestro entrañable amigo el doctor Alvarado.

Al principio de sus trabajos, él se contentaba con poder salvar de la ceguera un solo niño. Yo creo firmemente que han sido a estas fechas

tantos los que por él tienen vista, que no sólo puede darse por satisfecho y bien recompensado de labor tan árdua y generosa, sino que sentir debe en estos instantes aquellas dulces caricias e infantiles bendiciones que él para otros pedía y con las cuales le colman y agasajan, contribuyendo a su mejor homenaje, los centenares de niños que hoy le cantan un himno de gratitud por no hallarse incluidos en la negra lista de los seres más infortunados de la vida.

¡Tal considero ha sido el valor prodigioso de su campaña higiénica! ¡Gran fortuna la de los hombres privilegiados por la Providencia! Con sus actos hacen el bien de sus semejantes; con sus consejos, siempre inspirados en su gran amor a la humanidad, evitan los infortunios, contribuyen al progreso y sirven de impulso a los más nobles sentimientos.

¡Qué hermoso ejemplo de fe y de entusiasmo! ¡Cuán digna de admiración y alabanza su ciencia y caridad!

¡Honra y prez al doctor Alvarado! ¡Loor y gloria a Valladolid por el homenaje que ha sabido rendir a uno de sus más beneméritos e ilustres hijos!

DR. ROMÁN G. DURÁN,

Inspector provincial de Sanidad.
Redactor de «La Clínica Castellana».

ALVARADO ESTUDIANTE

Discípulo de esta Escuela, el *Alma Mater*, la Universidad, asiste rebosante de gozo al entusiasta y merecido homenaje que hoy se tributa al doctor Emilio Alvarado.

Va para 43 años que su padre me presentó al entonces llegado de la prisión bávara, y me rogó le atendiera como a su hermano Juan.

Emilio durante los estudios ya manifestó las condiciones de su espíritu. Tenía verdadero prurito por ser del montón; y sin embargo pensaba, decía y hacía una *originalísima* labor escolar: la *modestia*, que jamás le abandonó. Buscaba toda ocasión de hacer bien a sus condiscípulos y a los enfermos, pero sin darlo importancia, y creyendo que el agradecido era él, por tener ocasión de satisfacer sus inclinaciones, no el amigo ni el pariente; *altruísmo*, que tanto le ha caracterizado.

Él, con gran independencia de juicio y finísimo espíritu clínico, observaba, estudiaba, meditaba; pero todo en silencio, sin ostentaciones ni exhibiciones. Y aunque procuraba pasar inadvertido, a lo menos para los maestros y los compañeros, no lo consiguió.

Por ello han tenido que avisar (ya *hace años*) los médicos extranjeros del mérito y alcance científico y práctico de la labor y publicaciones del doctor Alvarado, para que *aquí* muchos se enteren.

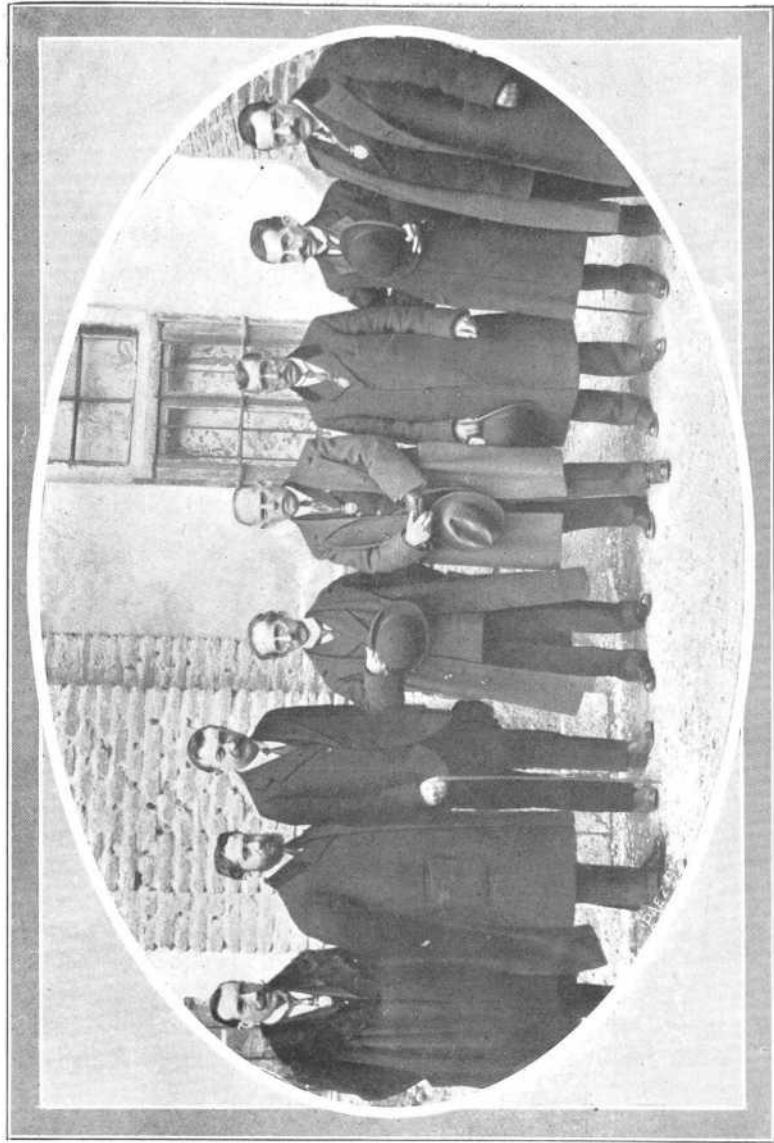
Y eso que 40 años se ha dedicado a *aclarar la vista* a las gentes.

Dios le conserve, y luego que falte, nos mande quien siga *abriendo los ojos* del espíritu castellano, para la verdad y el bien.

DR. NICOLÁS DE LA FUENTE ARRIMADAS,

Rector de la Universidad de Valladolid.
Director de «La Clínica Castellana».

Comisiones de la Real Academia y de la Facultad de Medicina



Señores Estévez, Villa, Sánchez, Alvarado, G.-Durán, Díez-Pinto, López-Prieto y Zuloaga

LA GÉNESIS DE UN HOMENAJE

Invitado a tomar parte en el que LA CLÍNICA CASTELLANA dedica al doctor Alvarado, bien hubiera podido eludir empeño tan superior a mi pequeñez literaria; pero no he querido hacerlo, por darme el gusto de ser yo mismo quien revele el origen íntimo de tan simpático acontecimiento.

El doctor Alvarado, distinguido oftalmólogo español, ventajosamente conocido en el extranjero y que es, además, sobre todo, un hombre bueno, estaba, por lo mismo, destinado a los honores póstumos que reciben los que hacen su vida sin meter ruido; mas ha querido su buena, aunque tardía, suerte, que en el Concejo de Valladolid, este Concejo histórico, el mejor y más desinteresado amigo de la gran Reina de Castilla, Doña María de Molina, hubiera un capitular digno de ella, que se llama Alvaro Olea Pimentel, de apellidos que, si no fueran de ilustre abolengo, él hubiera ennoblecido con los altos vuelos de sus elevadas iniciativas personales, y la noble manera de ejercer la ciudadanía.

Este ciudadano patriota venía estudiando hace tiempo, y todavía no ha desistido de completarle, un bellissimo proyecto para recompensar a los vecinos y naturales de Valladolid que honran nuestra Ciudad, fomentando su progreso en todos los órdenes de sus actividades respectivas: ciencias, artes, industria, agricultura, comercio, administración y beneficencia, ya que en todas contamos vecinos beneméritos por su saber, su laboriosidad y sus virtudes cívicas; algo así, proyectaba mi entrañable amigo, como una orden del mérito civil.

Aunque él no trataba al señor Alvarado, demasiado sabía Olea que en ella merecía figurar un profesional de tanta categoría; pero como el proyecto no llegaba a sazón, se alejaba la hora de hacer algo práctico.

Así estaban las cosas, cuando interesándose Alvaro con ese su gran corazón, siempre dispuesto al bien, por la salud de un operario de su fábrica, le aconsejó acudiese a la clínica de tan reputado especialista, puesto que se trataba de un padecimiento de los ojos; así lo comprendió igualmente el pobre menestral; mas era el caso, según ingenua confesión de éste, que hacía ya algunos años, el mismo oculista le había operado felizmente una catarata, *sin haberle dado ni las gracias*. La incorrección era grave, tanto que el señor Olea se creyó obligado a intervenir avistándose con don Emilio, a quien no había visitado nunca, para rogarle olvido de la antigua falta y curación de la nueva dolencia,

que parecía ser otra catarata. El ofendido profesor, que no recordaba el suceso, se limitó a contestar sonriendo: «¡pobre hombre!, ¿cómo había de pagarme si no tenía dinero?; que no se acuerde de aquello, que yo iré a su casa, y si no es imposible, le dejaré pronto en condiciones de volver al trabajo sin más retribución que la íntima satisfacción de todos. Y añadió; aunque V., Sr. Olea, habrá defendido a muchos pobres como abogado, no puede V. imaginarse cuánto gozamos los médicos devolviendo la salud a los necesitados».

Mi amigo Alvaro salió encantado de aquella visita y preguntándose ¿pero cómo no habré tratado yo a este hombre antes de ahora? Aquel hombre bueno cumplió su palabra, completando la visita del obrero, sin más recompensa que un apretón de manos.

Ni que decir tiene que el otro hombre bueno, o sea el popular y querido concejal de San Ildefonso, se dedicó desde entonces a inquirir la vida altruista y los milagros clínicos del filántropo oftalmólogo, averiguando que durante cuarenta años, más de la mitad de su trabajo de especialista había sido para los menesterosos, distribuyéndoles, por añadidura, en socorros de toda especie, una fortuna, que hoy podría tener capitalizada en sendas y sanas acciones del Banco.

Los militares ganan su *cruz laureada* por hechos de abnegación heroica en momentos de su gestión sublime provocada por las santas ideas del honor y de la patria. A la clase civil se la otorga la Cruz de Beneficencia por salvar la vida del prójimo con riesgo inminente de la propia, y por haber acreditado su altruismo en trabajos difíciles o cuantiosos sacrificios por el bien ajeno.

Pensando y sintiendo así el amigo Alvarado, visitó nuevamente al filántropo y le dijo: «averiguados su vida y milagros, he pensado proponer al Ayuntamiento que solicite para V. la Cruz de Beneficencia; y como tengo la seguridad de que la proposición se aprobará por unanimidad, es preciso que vaya V. reuniendo documentos para incoar el expediente, todo lo antes posible».

El bueno de Alvarado, que es todo ingenuidad, se lo agradeció emocionado; pero en su propósito de vivir y morir entre los humildes, consideró la distinción superior a sus merecimientos—¡tal y tanta es su modestia!—y le rogó que desistiese de intentarla, manifestando, ante reiterados requerimientos de su interlocutor, que en todo caso, él preferiría a una cruz, el nombramiento de médico honorario de la Beneficencia Municipal de *su querido Valladolid*.

Tal es, mal contada, la sencilla historia del homenaje al doctor Alvarado, a quien desde aquí saludo respetuosamente cumpliendo el sagrado precepto del Pentateuco: *Honora medicum*.

EUGENIO M. BELLOGÍN,
Farmacéutico.

“EL INSTITUTO OFTÁLMICO”

Entre los mil merecimientos que han motivado este homenaje justísimo y en el cual, desde la feliz iniciativa de un hombre honrado y sincero aceptada con entusiasmo por una Corporación dignísima y que llevada por ella a la práctica, han acudido a darla calor ciudadanos de todas las tendencias, trabajadores de todos los ramos de la actividad humana y agrupaciones sociales, representantes de todas las fuerzas vivas de este gran pueblo, que tanto se ha honrado al festejar a un hombre a quien debía gratitud inmensa; entre estos mil merecimientos destaca, y ha sido seguramente la causa primordial del homenaje, la labor oscura, sencilla, callada y perseverante que Alvarado lleva realizando por espacio de ocho años en el Instituto Oftálmico.

Esta fundación de la caridad nació, como la gran mayoría de sus similares que llegan a cumplir verdaderamente sus fines altruistas, sin donaciones de millonarios, sin reclamos de prensa, sin que grandes personajes la iniciaran y presidieran luego su apertura. Tuvo su origen en una proposición, que un vallisoletano ilustre (otro hombre de esos que hacen el bien por el bien mismo y cuya cooperación valiosa da vida y sostén a esa Institución modelo que se llama «Asilo de la Caridad») don Federico Tejedor, siendo concejal, hizo al Ayuntamiento solicitando que el local que hasta entonces habíase destinado a Casa de Socorro, al quedar vacante por el traslado de ésta, fuera dedicado a establecer una Consulta, gratuita para los pobres, de enfermedades de la vista y que esa Consulta estuviera a cargo del doctor Alvarado; para que de esta manera pudiese dedicar sus servicios profesionales al gran número de menesterosos a quienes venía asistiendo en su consulta particular, que resultaba a todas luces insuficiente para este objeto, como el proponente había tenido ocasión de observar repetidas veces por hallarse su establecimiento comercial frente por frente del gabinete de consulta del doctor Alvarado.

Una vez cedido gratuitamente, por el Ayuntamiento, el local que ocupa el Instituto Oftálmico, don Emilio compró por su cuenta desde los muebles hasta el instrumental, incluso material de cura, medicinas y laboratorio, teniendo necesidad de acudir al crédito (pues don Emilio



nació pobre y pobre sigue pudiendo ser millonario) para montar el consultorio de manera que funcionara provechosamente y no simulando servicios.

Mas, esperar un momento que si lo que acabáis de saber se os antoja grande aún queda algo que resulta verdaderamente extraordinario; del personal de este Instituto (constituido a más de don Emilio por sus hijos Pablo e Inés, distinguido oculista aquél y encargada esta de los asuntos de refracción y lentes, por los practicantes Pedro Villanueva y Hermenegildo Carnero y el ordenanza Isidro Tordera) sólo el practicante Carnero tiene sueldo del Ayuntamiento; los sueldos del otro practicante y el ordenanza corren a cargo de don Emilio, que aún tiene el desprendimiento de añadir una gratificación mensual para el practicante que paga el Municipio.

Como veis, Alvarado, en eso de trabajar sin finalidad monetaria, quita la palma al mismísimo *Sastre del Campillo*, prototipo hasta ahora de esta rara clase de hombres, pues éste trabajaba de balde y ponía el hilo solamente, mientras que don Emilio trabaja de balde, pone el hilo y... hace trabajar del mismo modo a sus hijos. Decirme ahora si no resulta extraordinariamente hermoso ver reunidos en el santo amor a la humanidad doliente esta familia de filántropos que sacrifican en beneficio de ella su ciencia, su trabajo y su dinero.

Y esta labor que lleva de existencia, sin ruido ni alharaca alguna, justamente ocho años, ha sido lo suficientemente provechosa que proclama la cifra de enfermos, próximos a catorce mil, que han acudido allí buscando alivio a sus males. Por esto no ha de resultar excesivo cuanto se haga por honrar el nombre eximio de Alvarado, y consideramos justísimos (sin que por ello dejemos de aplaudir calurosamente a los representantes del pueblo de Valladolid) los acuerdos recientemente tomados por nuestro Ayuntamiento de nombrar hijo adoptivo de esta Ciudad al doctor Alvarado y dar su nombre al Instituto Oftálmico.

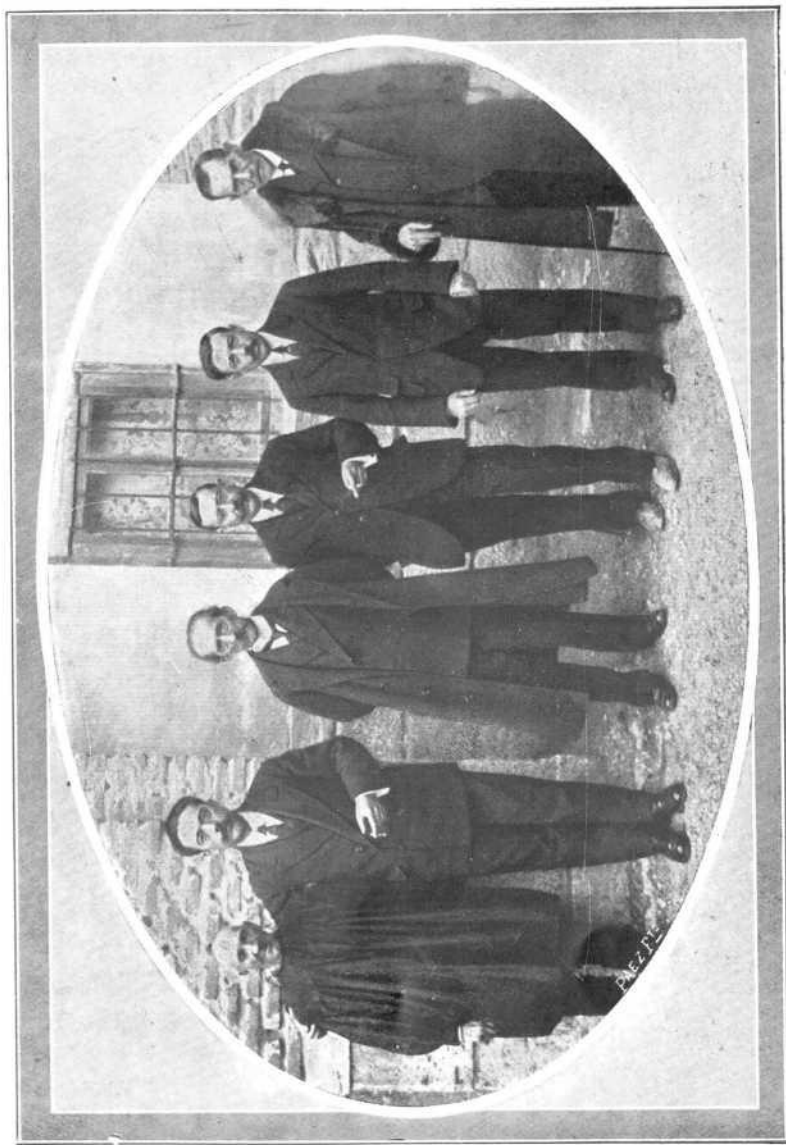
También la Diputación Provincial, que al igual de otras corporaciones se ha asociado entusiásticamente al homenaje, ha cooperado a la obra caritativa del doctor Alvarado, subvencionando, desde el año 1908, dos camas del Instituto Oftálmico, con la cantidad de quinientas pesetas anuales por cada una.

Y aquí terminaría mi cometido, si no quisiera a su final ¡oh gran maestro! haceros ofrenda de las pobres flores que constituyen mi homenaje, ellas no merecerán ni como las de los sabios y poetas que en este lugar os cantan, orlar vuestra frente o asentar sobre vuestro pecho, mis pobres flores se consideran muy dichosas alfombrando vuestro camino.

F. IGEA,

Redactor de «La Clínica Castellana».

Personal del «Instituto Alvarado»



Señores Tordera, Alvarado (P.), Alvarado (E.), Moya, Villanueva y Carnero

DISCURSO pronunciado por don Luis Roldán Trápaga, Alcalde accidental de Valladolid, en el banquete celebrado el día 17 de abril de 1915, en honor del doctor don Emilio Alvarado.

Dos deberes, por demás nobilísimos y grandes, impulsan mis deseos en estas circunstancias, elevando mis sentimientos a aquellas regiones del cariño y de la admiración, desde las cuales yo, como representante del pueblo de Valladolid, y como un ciudadano cualquiera, pacto en este momento con todos vosotros una obligación de orden moral, por la que rendimos un homenaje sincero y de justicia a nuestro paisano, al afamado oculista doctor don Emilio Alvarado, al ilustre Médico que ha consagrado toda su vida al estudio de la ciencia, al remedio de las dolencias físicas, en una palabra, al que ha sabido templar su delicado espíritu en la fecunda, en la redentora idea del bien.

Siempre las sensaciones obedecen a dolores y a alegrías; son condición indispensable de la vida de relación humana; pero las mismas sensaciones, producto de esas causas, son tanto más especiales, más dignas de estimación, cuando nacen del contraste que engendra la desgracia al chocar con la intensa satisfacción del remedio conseguido; cuando a consecuencia de esto, por imperfecciones de organización social y contingencias de nuestra existencia, brota la ternura de aquel enfermo de la materia, que al verse curado, asocia los más exquisitos sentimientos de su alma en favor de aquel otro que, como don Emilio Alvarado en múltiples casos, supo cumplir el bien por el bien mismo, recibiendo como recompensa, no dinero, es cierto, pero sí esa nota armónica, imposible de describir, y en la que a un mismo tiempo se juntan con las balbucientes palabras, ahogadas por el sollozo, la alabanza rendida al bienhechor, ofrendada por el necesitado que al recobrar la salud compendia toda la justicia debida, envuelta en la característica de la ingenuidad, bendecida con el rocío de las lágrimas, que denotan ese misterio psicológico, ideal, sublime, donde se fraguan, donde se forman las más bellas emociones desprendidas del reconocimiento y de la gratitud.

Lamento que la torpeza de mi palabra no acierte a concretar en un resumen, en una gran síntesis, las manifestaciones que de modo tan elocuente han sido hechas por los que acaban de hablar en honor del

festejado; mas también sé que mis deficiencias de lenguaje son suplidas por vuestra benevolencia y por ese poder intuitivo que os dá derecho, permitidme lo diga, a adivinar aquellas ricas concepciones que teje en mi cerebro este grandioso acto y que luchan por salir y exteriorizarse con aquellas suntuosas galas que mi verbo no les puede prestar.

Esto no obstante, recojo algunas ideas que aquí han sido vertidas con el aplauso de todos.

Tiene razón el doctor Zuloaga, mi querido amigo. Conozco muy bien a su señoría; sé que su corazón lleno de bondades había de revelarnos algo que fuera digno remate de esta fiesta, en la que no hay ni puede haber regateos al tributo rendido, ya que es expresión de un firme dictado de justicia, sancionado por la conciencia del pueblo.

Aunque interinamente desempeño la alcaldía, no importa para hacerme cargo del hermoso pensamiento que acabais de exponer. Yo le hago mío, le llevaré al Ayuntamiento, a la sala de sesiones, y allí trataré de repetir lo que de modo tan sencillo y admirable habeis manifestado: Que no se pretende pedir bronce para erigir una estatua; hoy que tan prodigadas se hallan; que no se quieren cruces, para que el sabio las lleve sobre el pecho; que lo que se pide, lo que se quiere es, en consonancia con la ciencia, que se dé el nombre al Instituto Oftálmico de **Instituto Alvarado**, a la manera como en otros pueblos de la culta Europa lo han hecho con aquellos de sus hijos a los que la fama de sus conocimientos y virtudes les colocó en lugar tan preferente.

¿Qué glosa he de poner a las palabras del señor Taladriz que, como sabeis, es un maestro del bien hablar? Ninguna. ¿Qué he de decir de los sencillos acentos del señor Diez Pinto, de las ingenuidades del señor Olea? Nada.

Todos han dicho un conjunto de verdades que, al merecer nuestra aprobación, han venido a interpretar el hondo sentimiento que nos embarga. Y como si esto fuera poco, un señor Médico de la ciudad de León, cuyo nombre siento no conocer, (1) ha elevado en frases inspiradísimas un canto hermosísimo a los merecimientos de su maestro querido y respetado, evocando recuerdos en los que, juntamente con el cariño, encadenaba aquellas preciosas enseñanzas, que hoy muestra como la más rica ejecutoria de su profesión.

¡Y qué enseñanzas! Hasta mí, que soy profano en la materia, han llegado los elogios de personas competentísimas hablando de los trabajos del doctor Alvarado, y muy singularmente de lo que la ciencia le debe acerca de la oftalmía purulenta; terrible enfermedad, en la que estudiando nuestro festejado sus causas y efectos, penetró en los

(1) El doctor Rosales (N. de R.)

secretos de la curación, devolviendo a miles de personas uno de los dones más apreciados de la vida: la vista; arrebatando a las tinieblas perpetuas de la ceguera los encantos imponderables de la estrecha relación con el mundo exterior, la sublime vitalidad del sol, reivindicando para los órganos enfermos las maravillas de la luz, llenas de venturas, incompatibles con las sombras, refugio de los males, alimentados por la miseria material y espiritual, engendradora de la tristeza que cual sedimento corrosivo va destruyendo las energías, para encontrar su último destino en el fin irreparable de la muerte.

No quiero que las emociones, causa principal del desorden de estos pobres conceptos que estoy exponiendo, me lleven a un olvido, que no me perdonaría jamás, al quebrantamiento inconsciente de un mandato, que yo cumplo gustosísimo en esta ocasión. He de significar, y de ello vosotros dareis testimonio, la adhesión a este homenaje, entusiasta y efusiva, de don Antonio Infante, ausentado de la ciudad por ineludibles deberes de su cargo.

Antes de terminar, felicito calurosamente al ilustrado Cuerpo médico de la Beneficencia municipal, organizador de este banquete, que simboliza una deferencia al compañero y al éxito inmenso que ha alcanzado el sano y loable propósito que perseguía.

Dichoso el insigne varón que, como don Emilio Alvarado, después de un trabajo penosísimo de treinta y ocho años, dedicados al saber y al remedio de las dolencias humanas, llega con sacrificio nunca bien ponderado, hasta este instante, que es el de la justicia. Momento elocuentísimo, donde puede apreciar con la presencia de todos los aquí reunidos la expresión, no ya sólo de la actitud digna y levantada de sus compañeros de profesión; no ya sólo la manifestación de un pueblo que dando evidentes y significativas muestras de cultura viene a unir sus aplausos a los de los Médicos; no ya tampoco a recoger los gratos ecos que han llegado de otros pueblos, especialmente de los gallegos, nó; todos estos elementos, a los que se suman los de los enfermos y los de la prensa, no son más que los portadores de un ideal que encarna en la vida de los hechos un común sentir, una aspiración altruísta que reivindica con este homenaje las satisfacciones debidas al sabio, como compensación a sus amarguras y sufrimientos, como tributo al esclarecido hombre, como premio dedicado a sus virtudes, que sella con alto ejemplo educador un pueblo ciudadano que sabe honrar, honrándose asimismo, al benemérito de la ciencia y de la humanidad, al que en las revueltas y continuadas luchas de la vida supo conquistar un nombre glorioso que sirve de prestigio a esta tierra generosa abierta siempre para las grandes causas, orgullo legítimo de las más nobles acciones de sus antepasados.

No molesto más vuestra atención. Levanto mi copa en honor del eminente oculista don Emilio Alvarado, por el Cuerpo médico de la

Beneficencia municipal, por los aquí reunidos; y al levantarla por todos, es lo mismo que si lo hiciera por la Ciencia, por España, por Castilla, y por este Valladolid de mis amores que me ha otorgado el inmerecido mandato de representarle, a fin de hacerme intérprete de sus sentimientos, que no habré sabido traducir en la medida del deseo; pero no importa, las deficiencias de mi palabra las hallas suplidas por la sana alegría de los que te festejan y por las bendiciones de este querido pueblo, que si es grande en todo, es mucho más grande al expresar su gratitud.



Un Apóstol de la Caridad

Todos los vallisoletanos conocen hace muchos años la obra caritativa realizada por el eminente oculista doctor Emilio Alvarado.

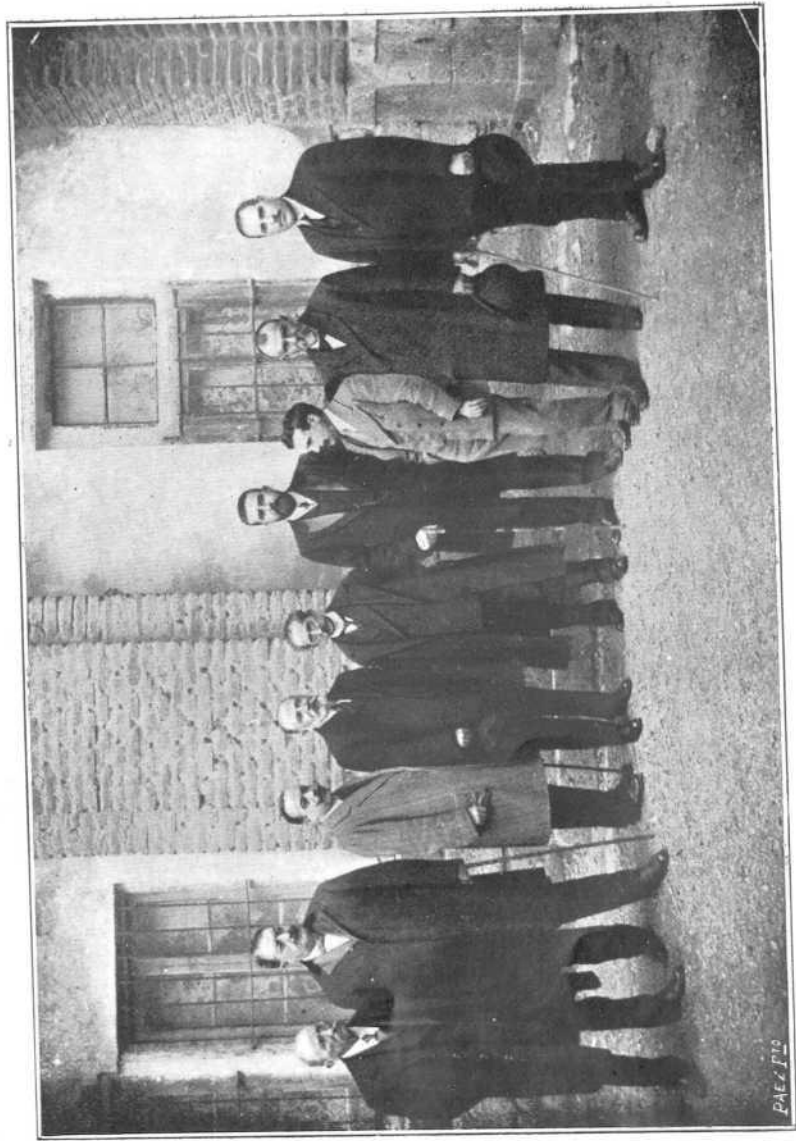
A su consulta acudían los pobres, seguros de ser atendidos con tanta o mayor solicitud que los ricos, y en la confianza de que casi siempre era el *Sastre del Campillo*, que ponía a su servicio su ciencia, su larga práctica y las necesarias medicinas. ¡Por eso le quieren tanto y recuerdan con gratitud!

Si son obras de misericordia, visitar los enfermos y socorrer a los necesitados, a las que Cristo prometió eternos tesoros de gloria ¡qué no puede esperar el señor Alvarado que en su constante labor de treinta y ocho años viene ejercitando ambas!

Bien merece el homenaje de LA CLÍNICA CASTELLANA y el aplauso de los vallisoletanos y de los amantes de los pobres.

† EL OBISPO DE JACA

Comisión del Excmo. Ayuntamiento de Valladolid



Señores Peña, Zaragoza, Ramos, Infante, Alvarado, Olca, Cabello, Carnicer y del Río

PAE & TIO

Señor don Pedro Zuloaga, Secretario de Redacción de LA CLÍNICA CASTELLANA.

Distinguido señor mío: Me honra sobremanera la invitación que usted y sus dignos compañeros de Redacción se sirven hacerme, para que colabore en el número extraordinario que LA CLÍNICA CASTELLANA dedicará como homenaje, al por tantos conceptos ilustre Dr. Alvarado.

Mi modesta pluma, aun llevando algún tiempo apartada de cierta clase de trabajos, no vacilaría en cooperar al merecido tributo de admiración que LA CLÍNICA CASTELLANA va a rendir a un hombre que, aunando los méritos del científico con las virtudes del filántropo, ha sido un infatigable repartidor del Bien al ejercer su profesión, que tiene para mí toda la grandeza de un alto sacerdocio social.

Pero realmente me encuentro perplejo ante las cuartillas al pretender abordar el tema que ustedes me señalan, pues yo no tengo datos que me permitan estudiar la «Labor socialista de Emilio Alvarado». Conozco, sí, por personal experimentación y por notoriedad del caso, los altruistas servicios que el doctor Alvarado ha hecho a las clases más pobres de nuestra ciudad. Y en esto yo he visto siempre un generoso estímulo del doctor Alvarado en orden a mitigar con los tesoros de su ciencia los dolores producidos por una sociedad, que yo estimo injustamente organizada.

Y esa conducta del doctor Alvarado es doblemente meritoria, por cuanto hoy el egoísmo es una característica social, y la lucha por la vida, con sus rigores, hace que muchos hombres, llamados por su ciencia o su ministerio a procurar el bien de sus semejantes, piensen sólo en el suyo propio y desatiendan el deber moral en que todos estamos de prestarnos recíproco auxilio.

El doctor Alvarado, con su desinteresado amor al prójimo, ese amor—el único grande—que no exige sumisiones ni requiere afirmaciones dogmáticas en quien lo recibe, muéstrase digno precursor de los hombres de ciencia que mañana, cuando el incentivo de los intereses materiales no sea el móvil exclusivo y primordial de las acciones humanas, trabajarán por que cada día sea más perfecta y dichosa esta pobre sociedad de nuestros tiempos.

Trabajador he nacido y trabajador soy; entre trabajadores vivo; por los trabajadores lucho. No será, pues, petulancia el decir que por mí hablan los trabajadores de Valladolid al sumarse de todo corazón a los testimonios de simpatía que tan merecidamente está recibiendo el eminente doctor Alvarado.

Con este motivo me complazco en ofrecerme de usted y de sus distinguidos compañeros de Redacción atento servidor, q. e. s. m.,

Valladolid, 17 abril 1915.

REMIGIO CABELLO,
Concejal socialista.

EL DR. D. EMILIO ALVARADO Y SU OBRA

Treinta y cinco años de actividad no interrumpida en el ejercicio de una profesión, e intensificada por numerosos trabajos científicos, constituyen un bonito ejemplo de constancia digno de ser expuesto a la consideración de la juventud universitaria como modelo para troquelar el carácter de los que aspiren a que su paso por el mundo deje una huella de las que no se borran en la historia de la Medicina patria; pero si quien ha sabido cumplir tan admirablemente su labor, llega a la meta con alientos suficientes para continuarla, entonces se hace doblemente acreedor a nuestra admiración, y descubriéndonos respetuosamente debemos exclamar: ¡he ahí un luchador! Tal es Alvarado.

Pero Alvarado es más que un luchador; Alvarado es un apóstol. Examinad su labor, y vereis, que en su obra predilecta, en la prevención de la ceguera debida a la oftalmía purulenta, ha acumulado una suma tal de constancia y de abnegación, que a los que estamos en el secreto de lo que cuesta acoplar tan numerosos y dispersos datos estadísticos yéndolos a buscar en su origen, nos admira. Y si como remate de tan loable trabajo, convencido su autor de que es posible librar a la humanidad del terrible azote que representa el considerable número de ciegos que deben su desgracia a una causa perfectamente evitable, emprende una cruzada de vulgarización para hacer llegar a conocimiento *de todos* el medio sencillo y eficaz para evitarlo, y en este empeño derrocha su actividad, su ingenio y sus recursos; habremos de convenir, en que Alvarado, ha llevado su abnegación hasta el sacrificio.

No son frecuentes ejemplos de tan incansable constancia, particularmente en los países donde el sol prodiga raudales de luz. Por eso sin duda la oftalmología hispana muéstrase avara al contribuir con sus frutos al acervo del trabajo común, y su bibliografía, en la que destacan bien escasos nombres (uno de ellos el de Alvarado), es bien fácil de retener.

¡Tierra de Castilla; avara de frutos, que de tus agotadas entrañas han de arrancar con esfuerzo inaudito los sufridos labriegos castellanos!; si tu parvedad fuese motivo para formar caracteres de luchadores como el de Alvarado, ¡bendita seas!, pues tus hijos te deberemos el principio de nuestra redención, ya que al formar hombres templados para la lucha, habrás creado a los que han de transformarte, logrando la victoria de tu redención, por el trabajo.

DR. M. MENACHO,

Redactor en Jefe de «Archivos de Oftalmología Hispano-Americana»,
Presidente de la «Soc. Oftalmológica Hispano-Americana».

El doctor Alvarado en la Beneficencia provincial

Por mucho que se escriba acerca de los méritos del doctor Alvarado, no es cosa fácil dar cuenta de todos ellos de manera exacta y menos fácil es aún, convencer al sabio oculista de que lo es, pues su exagerada modestia le *ciega* en los mismos casos en que *hace ver* a los demás.

Pero convencidos todos de su útil sabiduría, se le premia tan generosa labor con homenajes y alabanzas que exteriorizan la gratitud de un pueblo.

Nada más justo que ensalzar como se merecen a los que en todo momento se sacrifican por sus semejantes, agotando las energías de su vida entera en beneficio de la humanidad, y de un modo especial a los que, como el doctor Alvarado, atienden con preferencia y entusiasmo a los pobres.

Y tal razón me obliga a trazar estas líneas, que no por mal escritas pierden la buena voluntad que las inspira, pues justo es que cumpla el deber como representante de la Diputación provincial, de expresar la gratitud más sincera a tan ilustre Doctor por los beneficios prestados a los asilados de nuestros Establecimientos benéficos.

Con gusto referiría cada uno de ellos si yo supiera hacerlo; pero baste saber que desde el 1908 en que acudió espontáneamente a nuestra Corporación, atiende y cura a cuantos enfermos de Hospital y Hospicio necesitan de su sabia intervención y por ello puede calcularse los muchos enfermos que han recibido los beneficios de su ciencia.

Sólo por el atinado tratamiento seguido por el filántropo oculista en la plaga oftálmica purulenta, tan frecuente por desgracia en los pobres niños abandonados, no habría con qué recompensarle los muchos casos de ceguera que ha evitado, y cuantas bendiciones reciba no serán bastantes para pagar al que tal obra realiza.

Que tan eximio Doctor cuente con nuestra eterna gratitud.

LUIS ANTONIO CONDE,

Presidente de la Diputación Provincial de Valladolid.

.

Exponer la labor que el doctor don Emilio Alvarado ha realizado en la Beneficencia provincial, es hacer un escrito de hechos numerosos y buenos que en todo el ya largo período de su vida profesional ha realizado con los desheredados en la fortuna. Con los abandonados hospicianicos, con los más que éstos, desgraciados locos, con cuantos enfermos pobres de la vista han acudido al Instituto oftálmico y a su consulta casera, de ésta y otras provincias, el doctor Alvarado ha prodigado su saber y sus cariños, de modo tal, que siempre su inteligencia, con ser mucha, quedó como oscurecida por su corazón enormemente grande.

Como el tradicional «Sastre del Campillo» pone trabajo, tela e hilo, y fué y es el altruista más liberal y generoso que puede encontrarse entre la no escasa concurrencia de *virí boni*, cuando trata, alivia, cura u opera a los pobres, y lo que es más raro: viejo no desengañado por la experiencia de la vida de los poderosos, fué y es desprendido con el rico, y pudiendo él haberlo sido, —porque pocos como él gozaron de tan excelentes como merecidos prestigios en región muy extensa de España, que pudo explotar, sin abusos,—más valores nominales de glorias y agradecimientos tiene en su almarío que dineros efectivos pasaron fugaces por los apartijos de su cartera.

Días de gran contento y de expansión espiritual hanle sido proporcionados a tan simpático hombre, como competentísimo oculista, por los que bien inspirados y ejerciendo virtudes desacostumbradas cuando de aplicarlas a los profesionales se trata, le procuraron honores que honran al Cuerpo facultativo en que hoy figura; noche de dichas, acaso por él nunca soñadas, fué en la que vió sentadas a la mesa, representaciones muy prestigiosas de todas las entidades sociales, la mayoría de los médicos y a *todos* los oculistas de la Ciudad, nota ésta que subrayo, porque mejor que ninguna demuestra la personalidad moral del doctor Alvarado, tan elevada y tan noble que no pretesta la envidia, ni siquiera el celo; y ojalá este mi escrito le proporcione mayores alegrías, siendo estímulo para que los que pueden hacerlo, en representación de la Provincia, confieran loores nuevos al que con infatigable constancia y despierto celo dió luz a apagados ojos y puso dique a desencadenadas lágrimas.

RAMIRO VALDIVIESO,
Médico Director del Manicomio Provincial.
Redactor de «La Clínica Castellana».

HACER CASTILLA

Los dignos organizadores del homenaje al doctor Alvarado me piden que escriba unas líneas, acerca del sugestivo tema «Hacer Castilla». Permítanme que mi contestación se reduzca a mostrarles la meritísima obra, tanto más grande cuanto más callada, del propio ilustre Doctor, nuestro conferráneo. Los pueblos se hacen y se ennoblecen, crean su personalidad y brillan en la Historia, más que por palabras rotundas, por altas y redentoras obras. La del Doctor castellano es un apostolado, en pró de los humildes y de los doloridos. Las estrofas más bellas del elogio que sus admiradores y amigos querríamos dedicarle se leen, sin duda, en tantos y tantos inocentes ojos infantiles, que se habrían cerrado para siempre a las hermosuras de la Naturaleza y de la Vida, sin su intervención bienhechora. Una sola de estas silenciosas e inefables conquistas de su ciencia, «hace Castilla» más que todos nuestros discursos y nuestros escritos... ¿Quién sabe si en uno de esos niños, devueltos por él a la visión de las cosas, estará el futuro redentor de las multitudes campesinas...?

SANTIAGO ALBA

Señor don Pedro Zuloaga, Secretario de Redacción de LA CLÍNICA CASTELLANA.

Mi distinguido compañero: Me pide usted, y yo tengo gran placer en concedérselo, que le envíe unas líneas respecto al doctor Emilio Alvarado a quien, con ocasión del homenaje que el Ayuntamiento de Valladolid tuvo la feliz idea de acordar, se le quiere rendir por amigos, compañeros y conciudadanos justo tributo de afecto, de consideración y de agradecimiento por los servicios, así humanitarios como científicos, que lleva prestados a su región y a su patria en larga vida de labor profesional. Usted ha creído que la voz de los oculistas españoles no debía faltar en dicho homenaje y, honrándome sobremedera con ello, me pide usted que haga resaltar los méritos de tan ilustre oculista, «en representación de todos». En esto último es en lo único en lo que se ha equivocado usted—perdóneme la franqueza—porque cualquiera de mis colegas hubiera podido llevar la voz de todos con más elocuencia, si bien, me permito creer, que no con más entusiasmo que yo, en loor del eminente compañero a quien festejamos.

Por otra parte, lo apremiante del plazo que usted me señala para el envío de estas cuartillas no me da tiempo a compulsar datos que me permitan exponer un juicio completo sobre toda la extensa y meritoria labor de Alvarado. En cambio de esto, sólo puedo expresar mi impresión personal de conjunto acerca de lo más saliente de la obra de este notable y benemérito castellano.

El doctor Emilio Alvarado es un infatigable trabajador del que desde mis tiempos de estudiante vengo oyendo hablar, así como de sus antecesores hablaban los nuestros y de sus sucesores seguirán hablando los de las generaciones que vendrán; pues se trata de una verdadera dinastía de prácticos de la Oculística que ha hecho popular el apellido genérico no ya sólo en las Castillas sino en León, Galicia, Asturias y otras regiones españolas. La labor de Alvarado en artículos y comunicaciones en la prensa y en congresos nacionales y extranjeros es copiosa en cantidad y selecta en calidad. Mas de todo ello quiero destacar un aspecto particularmente importante y simpático: *el de ser el propagandista más activo y el luchador más infatigable en España contra la oftalmía purulenta de los recién nacidos.*

Esta temible enfermedad cuando no se puede evitar y cuando *no se sabe curar*, una vez declarada, (pues de esto depende exclusivamente

su malignidad) ha sido en Alvarado la obsesión de toda su vida. Contra ella ha dirigido sus esfuerzos, estudiándola concienzudamente, así como reuniendo todo cuanto se ha publicado contra la enfermedad y contribuyendo él mismo a enriquecer la literatura acerca de este asunto, publicando estadísticas y trabajos propios llenos de interés y de sabor clínico, provocando encuestas entre la mayor parte de los oculistas de las distintas partes del mundo, dando a la luz cartillas populares contra el terrible azote que es, como es sabido, una de las causas más importantes de la ceguera... haciendo en fin, como higienista y como médico una de las propagandas más humanitarias y beneméritas. En la encuesta a que acabamos de aludir ha prestado el gran servicio de hacer ver que la casi totalidad de los oculistas somos partidarios del empleo del nitrato de plata y que este precioso medicamento *bien manejado* cura seguramente la afección. Excluyendo, por supuesto, de este buen manejo el rufinario uso, que pudiéramos calificar más bien de bárbaro, que algunos hacen todavía de la barra de nitrato de plata, y que es el responsable, más que la enfermedad misma, de los graves trastornos corneales, los cuales se evitan, siempre que la afección es cogida a tiempo y se emplean las soluciones al 3 o 4 por 100 *cuidadosamente neutralizadas* así como *evitando el contacto con la córnea*.

Por esto, todo lo que haga su ciudad, su región y aun la patria entera para exaltar la labor de Alvarado no es más que pagar una deuda de justicia: la que deben todos los que pertenecen a una colectividad a cualquiera de sus miembros que se esfuerza en enaltecerla y que de modo altruísta se consagra al bien público, desdeñando o dejando en secundario lugar el propio provecho.

La gran familia médica y dentro de ella la que *debiéramos* constituir los oculistas no puede menos de ver sino con la más profunda simpatía todos los homenajes, todos los agasajos y todas las pruebas de afecto que se otorguen a tan ilustre compañero. Y yo en nombre de ella aunque sea muy modestamente y a requerimientos de usted, mi distinguido doctor Zuloaga, me complazco, honrándome con ello en extremo, en hacer pública con este motivo la estimación más sincera que por la labor científica y profesional del doctor Alvarado sentimos y el aplauso entusiasta que a la misma tributamos.

DOCTOR MÁRQUEZ,

Catedrático de Oftalmología de la Facultad
de Medicina de Madrid.

LA LABOR CIENTÍFICA DEL DR. ALVARADO

La feliz iniciativa de un culto capitular del Ayuntamiento de Valladolid, ha determinado en nuestra capital un movimiento de opinión de todas sus clases y jerarquías sociales, que aprovechando la oportunidad que se las presentaba, quisieron testimoniar y exteriorizar la intensa, aunque hasta entonces latente gratitud que sentían hacia un hombre que, como el doctor Alvarado, no ha hecho más que sembrar de beneficios el camino que en la vida va recorriendo. Con este motivo puede decirse que para el doctor Alvarado llegó en vida (y Dios se la conserve muchos años, para bien de la humanidad) la hora de las alabanzas, nunca más justas y merecidas que en esta ocasión.

Entre los cantores de estas alabanzas o méritos, yo, el más afónico, estoy encargado de enterar al público de que, *aunque no se sabía*, el doctor Alvarado es un sabio, cuyos numerosos trabajos, frutos de una laboriosidad y entusiasmo nunca extinguidos, ni aun durante las épocas de pesadumbres y enfermedades, han ido ensanchando el campo de la ciencia oftalmológica y demostrando que, a pesar de nuestros exagerados pesimismos en lo que a cultura nacional se refiere, también en la *inculta* España, en la *atrasada* y *adormecida* Castilla, se trabaja y progresa en el terreno científico.

Por eso, por ser un hombre de ciencia, un verdadero sabio, nuestra Real Academia de Medicina ha acordado, un poco tarde acaso, nombrarle Académico corresponsal. Lo sensible es que esta docta corporación haya necesitado el estímulo de un homenaje popular, para hacer honores a este ilustre castellano que tan bien ganados los tiene.

Algunos de los frutos de su observación e inteligencia han traspasado las fronteras patrias, mereciendo ser reproducidos en gran número de Revistas francesas, inglesas, alemanas, portuguesas y americanas; así como también en distintas y acreditadas obras de Oftalmología, y en prueba de ello, he de consignar que sus opiniones, en contravertidos temas científicos, son expuestas reiteradamente y con gran respeto en obras tan importantes como la monumental Enciclopedia alemana de Oftalmología de Graefe y Saemisch (1), la importante

(1) Graefe, Saemisch, Handbuch der Gesamten Augenheilkunde, Leipzig, W. Engelmann, 1908.

obra inglesa de Sydney Stephenson, *Oftalmía neonatorum* (1) y en otras varias.

Sin mencionar para nada los numerosos artículos publicados por él en diversas Revistas técnicas nacionales y extranjeras, indicaré los trabajos que han hecho su nombre conocido y respetado entre los oftalmólogos, sintiendo mucho que la falta de espacio no me permita hacer un análisis, siquiera somero, de tales estudios, en los que resplandece un espíritu tan fino de observación, un sentido práctico tan utilitario y un vigor científico tan severo, que pueden ser tenidos como modelos, en su género.

Los principales de estos trabajos, son los siguientes:

Estudio comparativo de los efectos tóxicos producidos por los colirios de atropina y duboisina. Valladolid, 1881.

Clínica oftalmológica de la casa de salud de Palencia. Reseña estadística, etc. Valladolid, 1886.

De la conjuntivitis catarral epidémica. Valladolid, 1888.

Ulceras serpiginosas de la córnea. Valladolid, 1900.

Breves apuntes sobre la profilaxia de la oftalmía purulenta de los recién nacidos. De más de 60 páginas en folio con 28 cuadros fuera de texto, dos ediciones españolas (1903-1904) y una francesa (1904).

Además ha presentado comunicaciones y asistido como congresista a los siguientes Congresos científicos:

9.º Congreso Internacional de Higiene y Demografía, 10-17 de abril de 1898, Madrid.

1.º Congreso egipcio de Medicina, 19-23 de diciembre de 1902, El Cairo.

14.º Congreso Internacional de Medicina, 23-30 de abril de 1903, Madrid.

10.º Congreso Internacional Oftalmológico, 13-17 de septiembre de 1904, Lucerna.

Congreso provincial de Higiene, 16-19 de agosto de 1906, Málaga.

En todos estos trabajos se revela el hombre tal como es, sin alardes de vanidad ni disquisiciones engorrosas ni pedantescas.

Su preocupación dominante es la de ser útil, enseñando lo mucho que sabe, no sólo en la curación de las enfermedades sino muy principalmente en la profilaxia, en la evitación de ellas. Su labor en lo que a la oftalmía purulenta de los recién nacidos se refiere, es sencillamente admirable. En su afán de prevenir las innumerables cegueras que produce esta enfermedad, fruto de la incuria, de la suciedad y de la incultura, ha derrochado tesoros de ciencia, de paciencia y de dinero, ofrendando la esencia de su sér, su talento, su laboriosidad y su

(1) *Ophthalmia Neonatorum, with especial reference to its causation and prevention*—Sydney Stephenson, London. Pulman and Sons, 1907.

fortuna, como tributo de un tan gran altruísmo, de un amor tan ferviente a la humanidad, que le hacen digno de figurar en el libro de la Historia, con más derecho que muchos de los que en él tienen relieve y que alcanzaron su renombre causando muertes y desgracias.

Y verdaderamente que puede mostrarse el doctor Aylarado satisfecho de los resultados obtenidos, porque hoy gracias a la difusión alcanzada por sus tenaces trabajos, merced al reparto de cientos de miles de ejemplares de sus publicaciones, especialmente de la *Cartilla higiénica*, dirigida a las madres y parteras, se ha conseguido disminuir en más de la mitad el número de ciegos, pues se acude a tratar la terrible dolencia en sus principios, evitando así sus fatales consecuencias.

Véase, pues, si tiene derecho a ser enaltecido y honrado entre sus conciudadanos, quien tal labor ha desarrollado en un periodo de cerca de ocho lustros de trabajo incesante y fructífero, siendo un verdadero apóstol de la ciencia y de la caridad.

M. G. CAMALEÑO,
Jefe de Redacción de «La Clínica Castellana»

LA ADHESIÓN DE FRANCIA

Accedo muy gustoso a la invitación que se me hace y me declaro muy honrado de unir mi adhesión y la de mis compatriotas al homenaje del doctor Alvarado, cuyo carácter probo, vida noble y obra humanitaria son dignos de nuestra más profunda admiración.

El doctor Alvarado ha sido y es el apóstol del altruísmo, ha sido y no ha querido ser más que eso; ese es su título de gloria. En esta época de ambiciones, de intrigas, de egoísmos, no ha pedido nada para él; ha sacrificado su juventud, su bienestar, sus placeres, su profesión a los grandes ideales de solidaridad.

Tan viva es mi estima para la labor del doctor Alvarado que yo quisiera ensalzar la grandeza de sus sentimientos, tan elevados que, al acrecentar el valor moral del hombre, hacen comprender el deber humano. Dejo a sus compañeros de profesión la obligación de rendir un justo tributo a su talento de médico, yo me limito a declarar la alegría que experimento al saludar en él al soldado voluntario del año 70, que luchó por mi querida Patria voluntariamente, con entusiasmo y como el más amante de sus hijos.

El señor Alvarado, escuchando solamente los impulsos imperiosos de su corazón, ofreció sus brazos y su vida a esa Francia que, a pesar de todo lo que se diga, ha luchado y lucha por el Derecho y la Humanidad.

Al estallar la guerra franco-alemana del año 70, muy joven aun, el doctor Alvarado, impulsado por la generosidad, el valor y el amor a Francia, empuñó las armas destinadas a millares de voluntarios que, como él, sentían y pensaban.

Durante los primeros días que siguieron a la declaración de la guerra, hizo bizarramente su aprendizaje de soldado, mereciendo citarse, como detalle curiosísimo, que en el regimiento en que sirvió el doctor Alvarado, figuraba como capitán Pedro Karageorgewitch, actual rey de los Servios.

Una vez instruido, partió al campo de batalla, tomando parte en el sangriento combate que tuvo por escenario a Orleans. En él fué hecho prisionero y llevado a Alemania, donde, con otros trescientos compañeros, sufrió en la pequeña ciudad de Straubing todas las penalidades e

inquietudes de un largo cautiverio, hasta que, terminada la guerra, pudo regresar a Francia primero y después a España.

Es un deber para mí venir a demostrar mi gratitud y la de mis compatriotas. Nuestro respeto unánime saluda hoy al valiente y humanitario médico, en quien el peso de los años no ha podido extinguir el ardor de una abnegación sin límites.

Su admirable ejemplo serviría, si preciso fuera, para confortar nuestro ánimo; pues la vida de los pueblos, como la de los hombres, está fecundada sobre todo por la abnegación. Pascal decía: «*Toujours qu'il s'agisse des collectivités ou des individus, la vie est un long sacrifice qui ne s'achève que par la mort.*»

Con gran emoción me hago intérprete de los sentimientos de Francia hacia el señor Alvarado. A las voces del cariño, del agradecimiento y del afecto que se han unido para rendirle un homenaje fraternal, queremos nosotros, los franceses, juntar nuestra voz de simpatía y gratitud para el amigo generoso que luchó con acendrado amor por el Progreso, la Civilización y la Libertad.

LOUIS U. MIALHE,
Vice-Consul de France
Officier d'Académie et de l'Instruction Publique.

ADHESIÓN DEL COLEGIO MÉDICO

El Colegio Médico Provincial de Valladolid no ha podido ni puede ser indiferente al homenaje que el Ayuntamiento de la capital ha rendido al insigne y popular oftalmólogo don Emilio Alvarado, porque las Corporaciones profesionales tienen el deber de contribuir al mayor esplendor de todo acto de justicia encaminado a ensalzar las virtudes cívicas, el altruismo y el beneficio hecho a la humanidad doliente por un compañero que consagró su vida al bien del prójimo.

Casi todos los médicos saben que el ejercicio profesional, a la vez que un sacerdocio, es un verdadero apostolado; y se dedican al alivio y curación de los males físicos y morales de la humanidad, sin esperar otra recompensa que la satisfacción del deber cumplido.

Muchas veces me he preocupado de cuál será la causa de la rareza de estos homenajes en favor de un médico, y de que la sociedad en que vivimos se muestre generalmente injusta con ellos; la clave de este enigma se encuentra, sin disputa, en un pasaje del libro de Hipócrates titulado «El Juramento»; en tal pasaje, después de afirmar que *el poco aprecio de los médicos entre sí depende muchas veces de la ignorancia de los que les juzgan*, el padre de la Medicina dice: «*para ser médico verdadero se necesita reunir estas seis cualidades*»:

- 1.^a Talento natural.
- 2.^a Buena educación.
- 3.^a Buenas costumbres.
- 4.^a Mucha aplicación desde el principio de su carrera.
- 5.^a Amor al trabajo, y
- 6.^a No desperdiciar el tiempo.

«*El médico que reuna estas circunstancias, vivirá honrado por sus semejantes*»; y, como es raro reunir las todas, también es raro que la sociedad honre al médico; porque no ha de mostrarse menos exigente la sociedad que se mostró el padre de la Medicina, el que elevó a Ciencia el Arte de curar.

La definición de Bouillaud *vir probus medendi peritus*, tenida por muchos como una síntesis completa del tipo hipocrático del perfecto médico, carece de las notas importantísimas de *talento, educación, constancia y laboriosidad*; por eso, sin duda, siendo *probos y peritos*

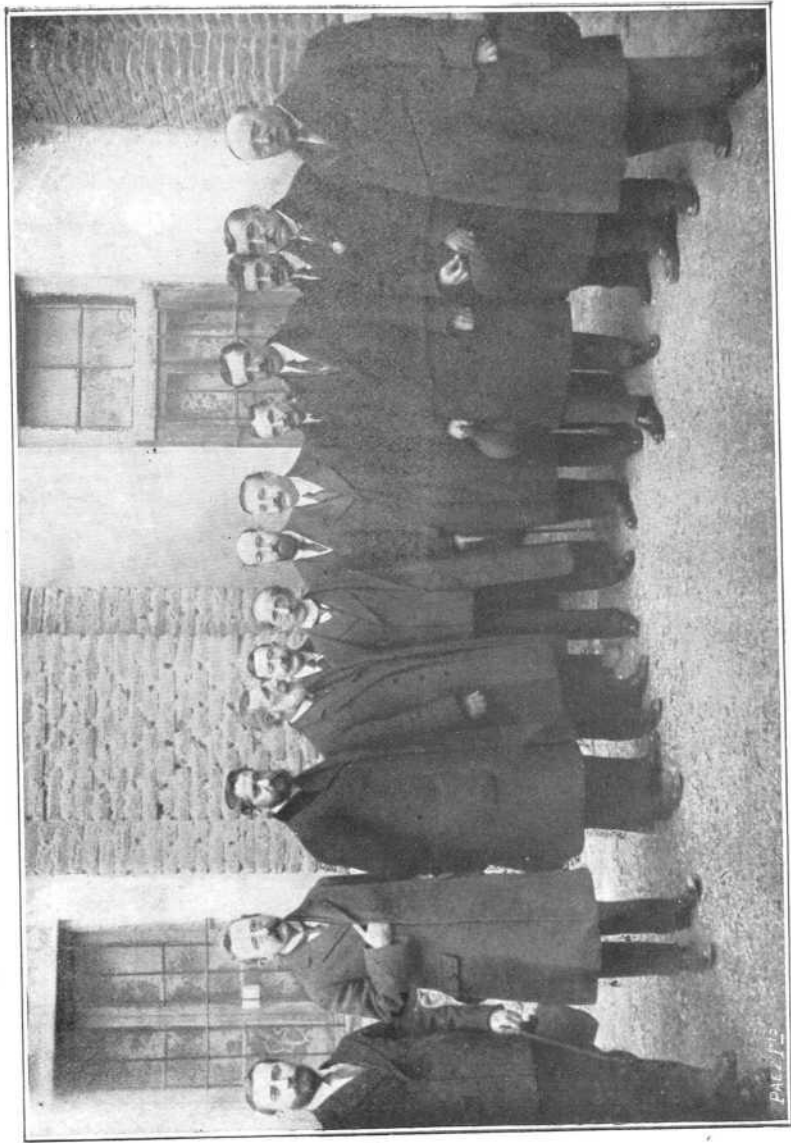
casi todos los médicos, sacrificándose en aras de la humanidad doliente, dando su vida y su salud y su bienestar a sus enfermos, no son laureados con homenajes espontáneos en vida sino unos pocos, muy pocos, los que, a juicio del tribunal de la opinión pública, reúnen las seis condiciones exigidas por el anciano de Cós.

Alvarado es, y ha sido durante toda su larga vida profesional, un médico *verdadero*, según Hipócrates; y, por eso, es digno del homenaje que se le tributa; que cumplió sus deberes para con sus clientes y para con la sociedad, todos los saben, y otras plumas mejor cortadas que la mía lo demostrarán, al descubrir los distintos aspectos de la vida de este obrero intelectual; a mí, sólo me toca afirmar que el insigne oculista cumplió sus deberes para con la gran familia médica, en cuyo seno nadie le conoce enemigos, y que, abrumado por el trabajo que le imponía su numerosa clientela, a pesar de su ímproba labor en el Instituto Oftálmico, y a despecho del tiempo y de las energías gastadas en el estudio y en la redacción de sus notables publicaciones, fué un *perfecto colegiado*, contribuyendo con sus esfuerzos, desde fuera y desde dentro de la Junta de Gobierno de nuestro Colegio Médico Provincial, de la que fué Vocal desde 1908 a 1911, a apretar y consolidar los vínculos entre los miembros de dicho organismo, y a laborar en beneficio de la solidaridad y de la dignificación de una clase que, por la alta misión que le está confiada en la vida social, merece ser fuerte y respetada; y esto, sólo se consigue por medio de la unión sincera y del mutuo respeto, que son la base y la única garantía de vida de los Colegios Médicos.

LUCIANO CLEMENTE Y GUERRA,

Presidente del Colegio de Médicos de la Provincia de Valladolid.

Comisión del Colegio Provincial de Médicos



Señores Valdés, Clavero, Villa, Casas, Moya, Alvarado, Tejedor, Sierra, Saracibar, Martínez-Merino,
Cuadrado, Díez-Pinto y Sisniega

.

Bien quisiera disponer de unas horas que me permitiesen desarrollar el tema que se me ha invitado a tratar, en el número extraordinario de esa Revista dedicado al insigne doctor Alvarado. Quisiera y no las hallo: en la vida febril de nuestro tiempo, los apremios de cada día no dejan holgura para lo que seduce más a nuestro albedrío.

Los pueblos tienen el deber de turbar el aislamiento y la modestia de sus sabios y hoy cumple ese deber nuestra *patria chica* rindiendo merecido homenaje a un hijo ilustre suyo, que en silencio, con labor tan honda como callada, hace su obra, emparejando con la ciencia, que es verdad, fría, serena y reposada, la piedad, que es virtud cálida, apasionada y fervorosa.

No dispongo de tiempo para hacer un artículo, No lo intento. Oigo ruido de aplausos a Alvarado, y el último de todos, me sumo al homenaje y junto las manos aplaudiendo, para ser uno más, para estar ahí, entre los que turban un instante la modestia del sabio.

CÉSAR SILIÓ



Barcelona, 17 de abril.

Mi querido amigo Alvarado: Aquí, en donde estoy pasando una temporada con mi hermano, recibo el número del periódico, en que se dá cuenta del merecidísimo homenaje que a usted ha tributado todo el Valladolid intelectual.

Crea usted, querido amigo, que experimenté con la lectura del periódico, una de las más grandes satisfacciones de la vida. Y me sucede esto, por que soy de los que creo que el acto con usted realizado, es un tributo de justicia, debido, al hombre bueno, al médico sin mejor en altruísmo, al sabio modesto y al amigo sincero y cariñosísimo.

¡Cuán pocos Alvarados hay en el mundo ejerciendo la profesión médica!

Valladolid lo comprende así y al honrarle a usted se honró asimismo. Que no hay nada que enaltezca a los pueblos, como honrar a sus hijos ilustres.

Fuera usted un político importante y la cosa sería para mí vulgar: un acto de adulación, quizás de agradecimiento o de esperanza interesada. Hecho a usted es de una colosal importancia, pues contadísimos serán los que esto hayan logrado por propio y espontáneo impulso de los pueblos.

No puede negarse que esa tierra Castellana, es pueblo de nobles y elevados sentimientos. ¡Bien por Valladolid!

¡Cuánto siento no haber estado yo ahí! También mi pobre palabra se dejaría oír en el banquete, para decir y afirmar cuánto queremos al agasajado por tierra de Galicia, y cómo reconocemos desde hace muchos años, las excelsas cualidades que le adornan.

¡Gracias a Dios que los pueblos despiertan! ¡Feliz ese pueblo que así manifiesta sus sentimientos de gratitud!

Adios, mi querido amigo, con toda mi alma le felicita y abraza cariñosamente su amigo de verdad

ILDEFONSO MERUÉNDANO,

Médico y exalcalde de Orense.

CONTRASTE

Entre las anomalías que presenciamos en la época en que vivimos, no es la menor de ellas, contemplar cómo se aniquilan y destruyen los pueblos que se consideraban los más adelantados y progresivos del mundo, y portadores—según ellos mismos—del estandarte de la civilización; y a tal extremo llega hoy en ellos la furia de los hombres, que grandes fábricas dedicadas a producir medicamentos—última palabra de la farmacia moderna—con que llevar el alivio a los enfermos de todos los confines del Universo, se hallan convertidas en laboratorios para producir y fabricar, del modo más refinado y exquisito, explosivos y otros elementos destructores con que aumentar la mortandad y estrago de la lucha cruenta e implacable.

En cambio, conforta el ánimo ver a las naciones despectivamente denominadas *inferiores*, dedicarse a ensalzar a sus hombres de ciencia, legítimo orgullo de sus conciudadanos, con fama impoluta, que no entenebrecen ni amenguan, las diferencias de banderías ni de sectas.

Tal ocurre hoy, en nuestra querida ciudad de Valladolid, con el doctor Alvarado, a quien todos tributamos el justo y debido homenaje a sus méritos profesionales, y al interés y caridad con que ha prodigado a manos llenas el saber y la pericia de la especialidad, a cuyo estudio ha dedicado una larga vida, sin otra recompensa que la satisfacción del deber cumplido.

Hora es ya, que todos, unánimemente, proclamemos el nombre del ilustre doctor Alvarado, como una indiscutible gloria castellana, a la vez que aplaudimos la iniciativa generosa de esa pléyade de luchadores, en honor de uno de sus más eximios compañeros.

MOISÉS CARBALLO,
Senador del Reino.

El doctor Alvarado, Médico de la Beneficencia Municipal

Que sea bien venido el ilustre Oftalmólogo, a compartir con nosotros ese honroso título, que un feliz acuerdo de nuestro Excelentísimo Ayuntamiento le ha otorgado. Tan plausible acuerdo, que tanto honra al Ayuntamiento como a la clase médica en general, viene a poner en evidencia los dos hechos culminantes siguientes: 1.º hacer justicia al trabajo perseverante, a la filantropía inagotable, a la indiscutible competencia científica del sabio doctor don Emilio Alvarado, que consagrando las energías todas de su existencia al trabajo y estudio de su especialidad, se ha prodigado siempre espontánea y desinteresadamente a las clases pobres de la sociedad, en las que ha derramado raudales de su ciencia puesta al servicio de la caridad; y 2.º que se ha hecho igualmente justicia, a este sufrido cuerpo médico municipal.

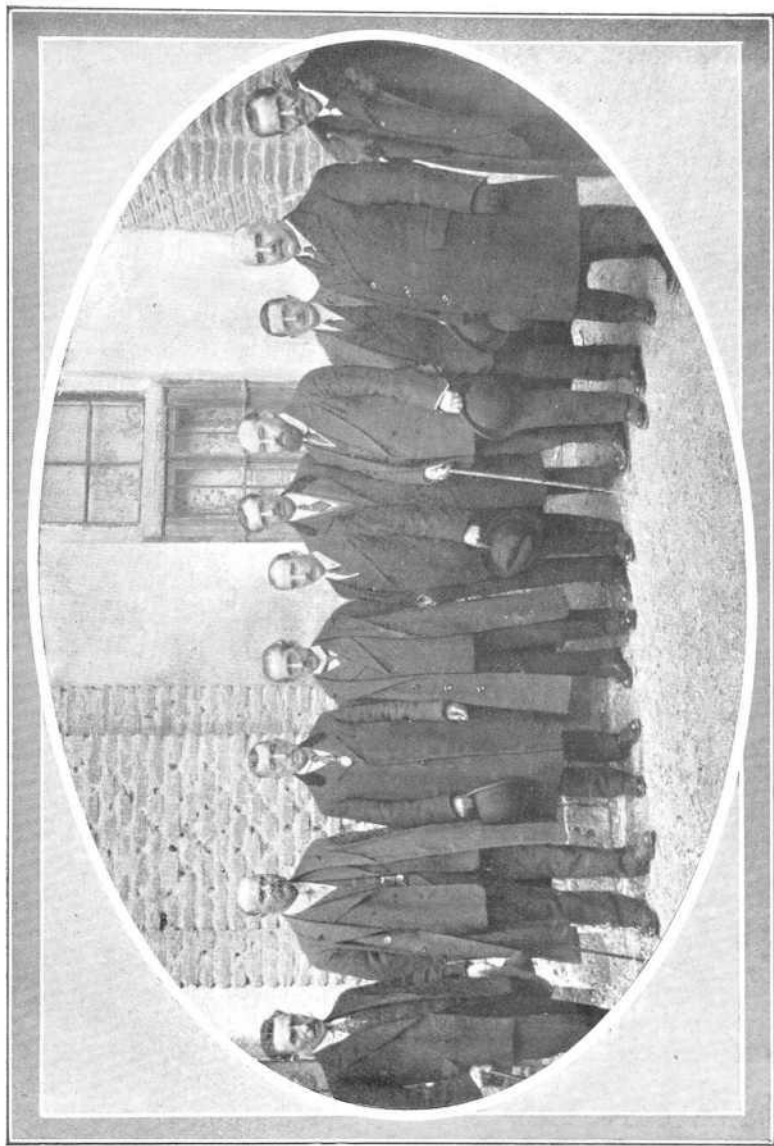
Porque, este acertado acuerdo, de nombrar médico honorario de la Beneficencia Municipal al doctor Alvarado, ha sido hasta la fecha, desde la creación de este Cuerpo, la mayor satisfacción que se le ha dado y acaso la única justicia que ha recibido; porque ello revela de una manera evidentísima, que nuestro Ayuntamiento debe tener un alto concepto del mismo, cuando de él se acuerda para honrar de modo solemne a un ilustre hijo de la noble ciudad que representa.

¿Y qué mejor homenaje había de hacerle? ¿qué mejor título podría ofrecerle? Aquí, entre nosotros; en la Beneficencia; este es el puesto adecuado en que su altruísmo le encaja; aquí... ¿por qué no decirlo?... donde sin ruidos ni alardes, sino de manera silenciosa y casi anónima, se hace trabajo intensivo; aquí, donde con tan escasos elementos, se cumple debida y lealmente, el más honroso destino, si que también el más penoso que a la clase médica corresponde, en las múltiples atenciones y dolencias de los enfermos pobres; aquí, en fin, entre los humildes compañeros que constituimos el Cuerpo de la Beneficencia Municipal, que cariñosamente le tendemos las manos, para estrecharle en amoroso abrazo de inmenso júbilo y satisfacción, por el honor y el prestigio que nos trae.

¡Bien venido sea!

Por los Médicos de la Beneficencia Municipal,
GABINO SÁNCHEZ ARÈS

Comisión del Cuerpo de la Beneficencia Municipal



Señores Contreras, Sánchez, Díez-Pinto, Alvarado, Vega, Martínez-Merino, Tejedor, Sánchez-Atrés,
Pardo y Carnero

BIBLIOTECA

ALVARADO COMO MAESTRO

Allá por el año 1882, fué cuando don Emilio Alvarado trasladó su clínica de enfermedades de los ojos a Valladolid desde Palencia. Antes de esa fecha yo le conocía por haber asistido a la consulta que anualmente, durante un mes, establece desde hace 40 años en León. Me impresionaron de tal suerte sus aciertos que, desde luego, al comenzar mi carrera lo hice con el propósito de dedicarme a la oftalmología. Por esto, tan pronto me enteré que iba a Valladolid, le visité para rogarle me consintiera asistir a su clínica. Desde el primer momento, más que un estudiante fuí para él un amigo entrañable, a quien dedicó todo su cariño y todo el interés que podría haber tenido por su hijo, para que yo me iniciase en los conocimientos de la especialidad. Desde los primeros días que se abrió la consulta, hubo gran concurrencia de enfermos, y esto, unido al rico y completo material de enseñanza que entonces ya poseía junto a la dilatada práctica y gran experiencia profesional, hacían de aquella consulta un venero de riqueza pedagógica, acrecentada por la especial complacencia que mostraba en enseñar. Nada faltaba allí. Los estudios de óptica fisiológica se hacían con gran esmero y prácticamente. También se hacían algunos trabajos anatómicos, histológicos y de bacteriología de aplicación oftalmológica. El examen del fondo del ojo, en el que tiene el maestro una práctica y seguridad admirables, se realizaban con un esmero que no ví realizar en parte alguna. La operatoria se hacía atendiendo con grandísimo rigor a las reglas de la asepsia. En la operación de la catarata, operación que absorbe casi toda la cirugía ocular en lo que se refiere a dar crédito y dinero, se ensayaban todos los procedimientos y métodos operatorios para poder comparar sus resultados, poniéndose casi siempre de manifiesto, que el afán de notoriedad era el motivo que había llevado a muchos oculistas a modificar los procedimientos clásicos.

Después de curar a sus enfermos, su gran amor era enseñar; enseñar la oftalmología. ¡Cuántas veces le oí lamentarse doloridamente ante un caso de oftalmía purulenta, de que esta especialidad no se enseñara en las Facultades! Con ello habría 2000 ciegos menos en España y el Estado llenaría un deber de humanidad y economizaría unos millones. Hoy ve el maestro realizados sus deseos de entonces. La especialidad está establecida como enseñanza oficial y obligatoria en todas las Escuelas de Medicina. En varias de ellas, me consta que se enseña bien; pero esa enseñanza nada hubiese perdido con que fuera Alvarado uno de los que la enseñan.

DOCTOR ROSALES,

Médico Inspector de la Beneficencia Provincial de León.

OBRA SOCIAL

No sin razón solicita LA CLÍNICA CASTELLANA el concurso de personas ajenas a la Medicina, para que se unan al merecido homenaje que esta ilustrada Revista dedica a un médico ilustre: el doctor Alvarado.

Y es que la Medicina ha venido a ser en nuestros días una ciencia social: obras sociales son aquellas que realiza la caridad, sabiamente dirigida por los hombres del laboratorio y de la clínica: la lucha contra la tuberculosis, la lucha contra la lepra, la beneficencia domiciliaria, los sanatorios, los dispensarios, los asilos, los hospitales, los consultorios, he ahí un conjunto de instituciones en que la Medicina se manifiesta como el órgano y el miembro de la solidaridad social.

Aliviar los males de la humanidad y devolver a la clase pobre la salud y la vida: ese es el sublime sacerdocio a que pocos se han consagrado con tanto empeño y con tanto desinterés como el doctor Alvarado.

Y los que, aunque modestamente, colaboramos en la obra del Parlamento o enseñamos leyes a la juventud, hemos de confesar que de nada servirían las leyes más sabias, ni los jueces más justos, sin la obra callada y constante de los hombres de bien que, con el ejemplo heroico de sus sacrificios, derraman sobre el pueblo un tesoro de justicia y de caridad, que ni los Gobiernos ni los Parlamentos pueden llevar a la *Gaceta*...

ANTONIO ROYO VILLANOVA

EJEMPLO.....

El homenaje que el pueblo de Valladolid ha tributado a don Emilio Alvarado, ha sido uno más, de los que mercedamente ha recibido el tan eminente oculista como ilustre filántropo; y es que su saber, su abnegación, su altruísmo, han ido dejando imborrables recuerdos...

Y primero las Diputaciones Provinciales de Logroño y León, y después el Ayuntamiento de Valladolid, le nombraron Médico Honorario de sus Beneficencias; y más tarde la Diputación de Orense, en un sentido telefonema del Vice-Presidente de su Comisión provincial, señor Cardero, hizo pública la expresión del agradecimiento de dicha Corporación al doctor Alvarado, por los servicios que prestó a los pobres de aquella provincia.

Todo se lo merece Alvarado: si mucho estimamos su ciencia, cuantos tenemos la dicha de tratarle, más aún admiramos en él su inagotable caridad, su acendrado amor a los pobres. Por esto hemos visto con verdadera satisfacción los homenajes mercedísimos que le tributaron Logroño, León, Orense y Valladolid.

Consolador es el espectáculo dado por estos pueblos, evidente demostración de un hermoso despertar. Al ensalzar a un ciudadano esclarecido, al encumbrar al doctor Alvarado, no sólo han premiado sus virtudes, sino que han mostrado a los demás un alto ejemplo que seguir.

ANTONIO JALÓN,
Senador del Reino.

ALVARADO COMO PERIODISTA MÉDICO

Antes de todo, mi más profundo agradecimiento a los queridos compañeros de LA CLÍNICA CASTELLANA por haberme elegido para presentar al doctor Alvarado como periodista médico, uno de los aspectos más fecundos de su vida científica.

La labor de nuestro querido amigo—a quien todos ofrendamos pleitesía en estos momentos—ha sido exuberante; no habiendo decaído sus entusiasmos por el periodismo médico, desde la adolescencia provechosa hasta la edad presente que se halla llena de vigor para dar a conocer a sus compañeros las enseñanzas de su clínica, la más concurrida, acaso, de todas las que se dedican a una especialidad, para mí la más preciada por ser la encargada de volver al funcionalismo normal al órgano más noble y necesario para el hombre, con el cual contempla las bellezas infinitas de la naturaleza, se extasía ante las personas amadas, le sirve de vanguardia salvadora de los peligros, adquiriendo con él, desde la infancia, los conocimientos indispensables para la vida vegetativa y de relación, y con el que, solo o auxiliado de instrumentos, escudriña los arcanos de la bóveda celeste, e investiga la vida de las miríadas inacabables de seres que pueblan la tierra y los mares.

No intentaré siquiera exponer la intensa labor periodística del doctor Alvarado; sería imperdonable en mí, dada mi poquedad científica y mi parvedad literaria; además, es tanto y tan bueno lo que ha producido su luminosa inteligencia y ha reproducido en la prensa, que sería tarea inacabable; pues el doctor Alvarado, no ha sido como los avarientos que sólo quieren para sí las riquezas, sino por el contrario, llevado por su amor a la humanidad desvalida, ha querido que todos, absolutamente todos, se aprovecharan de sus adquisiciones en el arte de curar, y ha deseado que sus colegas siguieran las mismas prácticas que él empleara con tanto éxito, demostrando con esto la excelsitud de su trabajo como periodista médico.

Sería dar demasiada extensión a este artículo si enumerase todas las producciones científicas que el doctor Alvarado ha publicado; por otra parte, carecemos de datos completos con los que pudiéramos

hacer de una manera acabada, un estudio de nuestro colega bajo el aspecto de publicista.

El doctor Alvarado en donde más se ha distinguido por sus trabajos ha sido en los *Archivos Oftalmológicos hispano-americanos*, de cuya Revista es redactor; en ella dió cuenta de un notable caso de «Epicanto congénito hereditario» (1884) así como también ha escrito muchos trabajos, especialmente acerca de la «Profilaxis de la oftalmía neonatorum» haciendo no sólo en esta revista sino que también en otras muchas publicaciones, una verdadera cruzada, un apostolado, contra la oftalmía purulenta, exhortando uno y otro día a los médicos, a las comadronas y a las familias a que eviten tan terrible enfermedad, que es la causa más eficiente de la ceguera en España.

En estos *Archivos* publicó sus «Impresiones clínicas sobre algunos preparados de plata en la oftalmía purulenta de los recién nacidos» (julio 1903).—«Notas de un viaje».—«Impresiones acerca de varios puntos relacionados con la extracción de la catarata» (noviembre 1903).—«Contusión del reborde orbitario» (febrero 1907).—«Cuerpos extraños del fondo de saco conjuntival superior» (abril 1905).

En defensa de su especialidad en nuestra patria, dirigió una carta a don Manuel Uribe Troncoso la cual insertó este señor en los *Anales de Oftalmología de México* (julio 1900) refutando lo dicho por el doctor Hirschberg en el *Deutsche Medicin. Wochs*, en el que decía que no existía en aquella fecha un profesor oftalmólogo en España y ninguna Institución para tratar las enfermedades de la vista. A esto contestó Alvarado, citando los nombres de los que se dedicaban en aquella época a esta especialidad así como también las clínicas de la misma existentes en España.

Sobre el desprendimiento de la retina tiene publicados el doctor Alvarado interesantísimos trabajos. En 1901 escribió un folleto acerca de este asunto, que ha sido siempre uno de los más debatidos en oculística, y en colaboración con el doctor Adolfo Alvarez, distinguido oftalmólogo español, dió a la imprenta otro folleto sobre la curación de dicha enfermedad; y en la *Clínica Oftalmológica* apareció, en el número correspondiente al 25 de julio de 1910, una carta dirigida al doctor Darier de París, en la que trata «del desprendimiento de la retina y paludismo».

Con motivo del fallecimiento del doctor Herman Cohn, de Breslau, escribió un artículo necrológico en el que da muestra de poseer una galanura de estilo que encanta.

En la *Revista de Ciencias Médicas*, de Barcelona, en febrero de 1883, dió cuenta de «un caso de glioma de la retina», que fué reproducido por la revista alemana *Centrakblatt für prektesche Augenheilkunde*, en cuya publicación también apareció, en 1903, un estudio suyo sobre la blenorragia del recién nacido».

En el *Correo Médico Castellano*, de Salamanca, ha publicado los siguientes artículos: «Polipos de la conjuntiva».—«Quiste palpebral de la glándula lagrimal».—«Indicaciones de jequiriff».

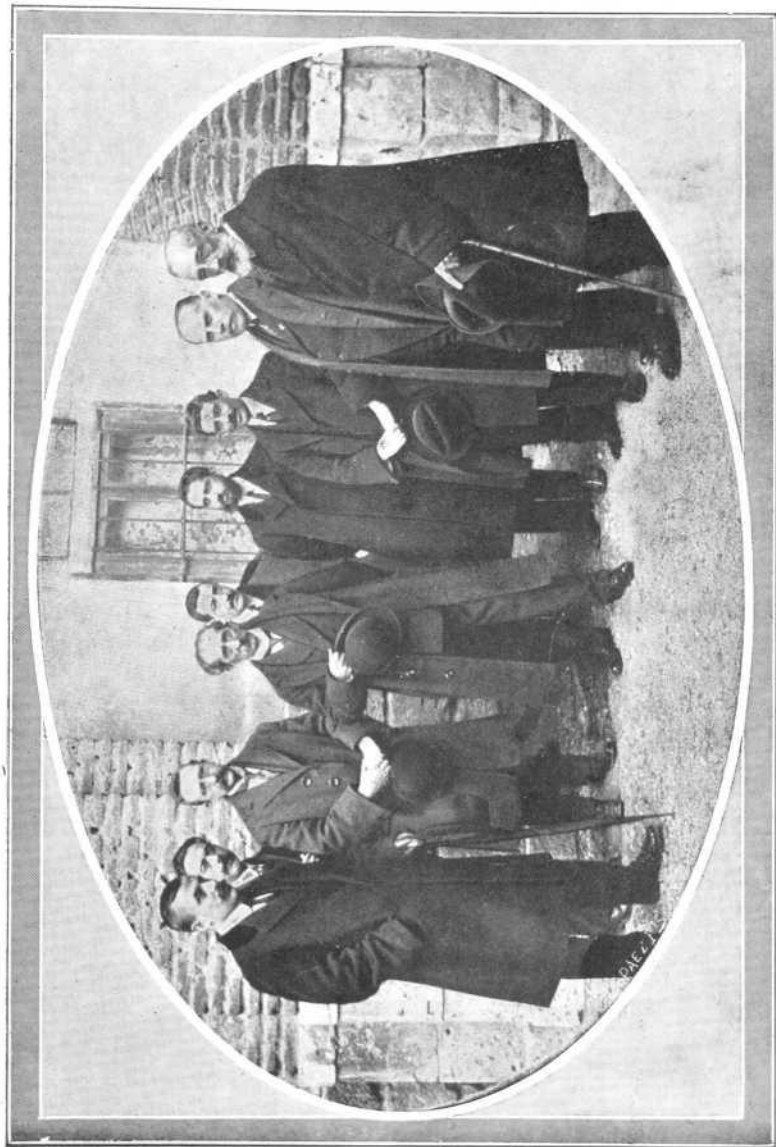
En la *Revue generale d'ophthalmologie*, de París, también ha insertado trabajos muy notables el doctor Alvarado; entre ellos, es digno de mencionarse «un estudio comparativo de los efectos tóxicos de la atropina y de la duboisina» (30 abril 1882) y «un caso de retinitis pigmentaria sin pigmento visible al oftalmoscopio» (30 de junio 1882).

Es redactor corresponsal de *The Ophthalmoscope*, de Londres, y colaborador de los *Anales de oftalmología*, de Méjico, y de la importante revista vallisoletana LA CLÍNICA CASTELLANA en la que ha publicado los siguientes trabajos: «Desprendimiento de la retina. Dos casos más de curación» (enero 1911).—«Controversia acerca del valor de la vieja y nuevas sales de plata en la profilaxis y tratamiento de algunas enfermedades de los ojos» (mayo 1912).—«Notas sobre algunas complicaciones oculares en la diabetes azucarada, especialmente en los cambios de refracción» (julio 1914). Este artículo fué publicado anteriormente en los *Archivos de oftalmología hispano-americanos*, en junio del mismo año.—«Sueroterapia y vacunoterapia antigonocócica» (octubre 1914). Comunicación presentada a la IX Asamblea de la Sociedad Oftalmológica hispano-americana (septiembre de 1914).

Tal es la labor fecunda de nuestro querido amigo. Los elogios que podíamos rendirle no estarían en relación con la magnitud de sus méritos como periodista médico. ¡Ojalá que todos los sabios españoles que trabajan igual que el doctor Alvarado, siguiesen el ejemplo de él; así seríamos más conocidos fuera de nuestra patria y las generaciones venideras sabrían lo que los médicos de esta región han contribuído al progreso científico.

DR. GERARDO CLAVERO DEL VALLE,
Director del «Eco Médico-Quirúrgico»

Comisión de la Prensa Médica



Señores Igea, Alvarado (P.), Clavero del Valle, Alvarado (E.), Zuloaga, Villa, Cuadrado,
G. Durán y Pérez-Minguez

La obra realizada en el curso de tantos años por el doctor Alvarado debe ser destacada y enaltecida, no sólo por sus compañeros de profesión sinó también por sus conciudadanos, en virtud de una razón quizá menos noble, pero más íntima y decisiva que la del justo reconocimiento del valer ajeno o del homenaje rendido a la virtud de un compatriota, a saber: por la de conveniencia colectiva, por el influjo de la ejemplaridad.

Merecido es el aplauso y el ensalzamiento del señor Alvarado; pero urgente e indispensable es mostrar a los españoles aquellos casos de amor al prójimo, aquellas vidas ejemplares que pueden inducirle a imitarlas. Lo hace ahora más indispensable que nunca, la contemplación de los horrores que al mundo atenazan. La guerra despierta en los pechos, o lo robustece, el sentimiento del egoísmo; cuando la vida de cada uno se encuentra amenazada, el instinto de conservación, raíz profunda de la vida orgánica, levanta su voz sobre todos los demás movimientos del ánimo. Y es en esas horas tristes para la humanidad cuando conviene que se ofrezcan a las gentes los grandes ejemplos de abnegación y desinterés y que se honre y reverencie aquellas ocultas fuentecillas de amor al prójimo, al parecer perdidas, entre las vastas muchedumbres, de donde han de fluir las linfas que, uniéndose para formar raudal, rehagan más tarde el común sentimiento de la fraternidad universal.

CONDE DE ROMANONES

.

LA CLÍNICA CASTELLANA me manifiesta su justo y laudable propósito de dedicar un número extraordinario al insigne oftalmólogo D. Emilio Alvarado, comunicándome a la vez su deseo de que contribuya con unas líneas a la composición de dicho número, como condiscípulo que fué del agraciado. Correspondo muy gustoso a la honrosa invitación que me hacen los distinguidos compañeros que constituyen la redacción de esta reputada revista, porque además de conservar a Emilio Alvarado un vivo cariño, considero que es muy acreedor a este homenaje.

Dada mi antigua amistad (de la que ya pocos disfrutaban por tantos años) he de reflejar especialmente los gratos recuerdos que de su edad escolar conservo por su carácter afable y bondadoso, por el entusiasmo en sus actos, aun en sus más singulares calaveradas, por la lucidez de su imaginación y sobre todo por su alma de artista, indispensable para distinguirse en su especialidad, la que, como sucede con las artes bellas, es casi matemática. Como prueba de que Emilio Alvarado posee estas cualidades en alto grado, basta tener en cuenta la costosa labor que ha realizado para prevenir la ceguera tan frecuentemente producida en España por la oftalmía purulenta. ¡Cuántos le deberán la vista sin saberlo y sin que hayan tenido que retribuirle lo más mínimo para que pudiera compensar, al menos en parte, el gran dispendio que supone una propaganda de las medidas necesarias para evitar a los recién nacidos que los gonococos ataquen a sus ojos! Todo esto confirma que no se han defraudado las esperanzas que de él presentíamos, de que había de ser el continuador de su insigne y buen padre, quien fué el primer oculista merecedor de este nombre en Castilla.

DR. CAMILO CALLEJA

EL ATENEO Y EL DOCTOR ALVARADO

El homenaje que el pueblo de Valladolid rinde al doctor Alvarado es el premio concedido a una larga vida de trabajo intenso, de caridad silenciosa y de constancia.

En nuestras costumbres es una novedad feliz, prometedora de tiempos nuevos, y toda novedad en la vida social española—tan rasa, tan monótona—es una esperanza para nuestro optimismo de hombres jóvenes, que busca ansiosamente, como el albatros, algo que emerja un poco para poder encaramarse y agitar las alas.

Novedad, y grande, es en nuestras costumbres este homenaje rendido a un hombre que guió todas sus energías por el cauce de su profesión, sin emplearlas nunca en cosa que pudiera darle popularidad más ruidosa o más útil provecho. Cuarenta años aprendiendo en los libros y en la vida el modo de mitigar los dolores del prójimo; cuarenta años dejando fluir de la fuente viva del corazón la caridad y el entusiasmo, tienen muchas horas, y entre ellas ¡cuántas de fatiga, de amargo tedio o angustia dolorosa! ¡cuántas de lucha y de desesperanza! ¡cuántas de recibir, en vez de la palabra alentadora y fraternal, el zarpazo de la ingratitud o el viscoso contacto de la envidia! ¡Cuántas!...

Y sin embargo, así debe ser.

Maestro, periodista, médico, juez, gobernante, todo el que tiene la misión de educar al pueblo o de aliviarle los dolores, sabe que ha de dejar en el camino sus ilusiones y sus ideas, sus vanidades y su vida, porque sólo a ese precio los gérmenes que se siembran dan el fruto, y el surco que se yende es duradero.

El Ateneo de Valladolid, al asociarse a este homenaje, por lo que tiene de sanamente renovador en nuestras costumbres, siente la alegría de que el iniciador haya sido un hombre a quien cuenta entre sus incondicionales y que ha dejado al pasar por su presidencia un recuerdo imborrable de cálida y profunda simpatía.

A. TORRE RUIZ,

Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras
y Secretario del Ateneo.

UN ALBUM

Hace algún tiempo tuve necesidad de ir a casa de don Emilio Alvarado a la hora en que despacha su numerosa consulta, por cuya razón me fué preciso esperar; en la habitación donde me pasaron, llamó mi atención la gran cantidad de libros que por completo llenaban las librerías que ocultaban las cuatro paredes. Suponiendo no era posible que todos o la mayoría de ellos tratasen de oftalmología, me dediqué a recorrer los armarios y ví que, efectivamente, allí había libros concernientes a todas las ramas de la Medicina. Al lado de grandes obras de la especialidad, obras completas antiguas y modernas de Medicina, Cirugía, Obstetricia, Enfermedades de la Infancia, etc., y entre ellas un libro grande, encuadernado en piel, que excitó mi curiosidad al ver el título que en letras doradas tenía: *Autógrafo de eminentes oculistas sobre la Bleonorragia neonatorum*. No me atreví a hojearle, pero al encontrarme frente a frente con don Emilio le dije: en el tiempo que he estado esperando, me he enterado de que posee usted una gran biblioteca, que ya la quisieran tener los centros de enseñanza y las diversas entidades científicas; y he visto en ella un libro que, por su título, me ha interesado casi más que ninguno: me gustaría verle.

A los que conocen a don Emilio y saben que su biblioteca está a disposición de todo el mundo, no necesito decirles que mi pretensión fué atendida al momento; pero además, díome detalles acerca del porqué se formó tal libro. Hace años, me dijo, tuve una discusión con Darier (de París) sobre el «Empleo de las nuevas sales de plata en la oftalmía purulenta» y con este motivo escribí a oculistas de todo el mundo para que me dieran su opinión sobre el asunto: las contestaciones a esas cartas y a otras que escribí a médicos extranjeros y españoles, directores de Casas de Maternidad, Cónsules de España en los distintos países y Directores de Colegios de ciegos, sobre la frecuencia, profilaxia y tratamiento de la oftalmía purulenta, son las que constituyen ese Album que tanto ha llamado su atención; llévesele y satisfaga su curiosidad.

Detenidamente y con gran complacencia me enteré del Album. Este contiene: 1.º Correspondencia Nacional y Extranjera sobre las nuevas sales de plata (1903 a 1904): en unas hojas de papel blanco hay 46 cartas.

2.º Correspondencia Nacional y Extranjera sobre la frecuencia, profilaxia y tratamiento de la oftalmía purulenta de los recién nacidos (1897 a 1900); catalogadas por colores están las contestaciones que recibió de todo el mundo. Las de Francia y Alemania en papel de color verde; Italia, Malta y Rusia, morado; España y Portugal, amarillo; Perú, Túnez, Noruega, Turquía, Holanda y Bélgica, naranja; Estados Unidos, Inglaterra, Austria-Hungría y Suiza, azul. El número de cartas que constituyen esta parte es de más de 300 nacionales y unas 200 extranjeras. Luego he sabido que este Album le mandó al Congreso Internacional de oftalmología de Lucerna, 13-17 septiembre de 1904.

Cuando terminé de verle, me quedé pensando en el trabajo que suponía el haber escrito tantas cartas; en la paciencia, en el tiempo y dinero gastados; en la fuerza de voluntad de este hombre de ciencia que, creyendo pisaba terreno firme al tratar como la hacía la oftalmía purulenta y convencido de que es de las enfermedades que pueden evitarse, no duda en hacer grandes sacrificios para poder demostrar con las opiniones de oculistas de todo el mundo, cuál es el mejor tratamiento profiláctico y curativo de dicha enfermedad.

Y todo este inmenso trabajo, propio de un hombre de convicciones y de voluntad de hierro, le aprovecha para publicar un folleto titulado «*Oftalmía purulenta de los recién nacidos.—Frecuencia, gravedad, profilaxia y tratamiento*», del cual hace una edición española y otra francesa. De este folleto, que pudo compensarle algo los gastos hechos, reparte gratuitamente 1000 ejemplares de la edición española y 500 de la francesa; y el producto total, sin descontar nada, de los que se vendieron, lo destinó a la impresión de cartillas higiénicas que se distribuyen gratuitamente para que la propaganda higiénica resulte más eficaz. Hace una segunda edición y en ella dice: «*el producto de la venta, (descontando los gastos de impresión) se destinará a un fin benéfico relacionado con la profilaxia de la enfermedad que en él se estudia; y si hubiera que hacer nueva edición, el producto de la venta continuará dedicándose al mismo objeto. Si alguna Corporación o particular cualquiera quisiera reproducir parte o todo el trabajo, están autorizados para ello, siempre que se haga con el mismo fin que se persigue en este. Todo por los niños y para los niños*».

No era mi objeto otro que describir el Album, y veo que, sin darme cuenta, traspaso los límites de lo que me proponía, haciendo ver el desinterés y altruismo del doctor Alvarado; y esto es debido a que no se puede hablar de él, sin que salga a luz su obra benéfica y humanitaria.

EZEQUIEL CUADRADO,

Redactor de «La Clínica Castellana»

Señor don Pedro Zuloaga, Secretario de Redacción de LA CLÍNICA CASTELLANA.

Mi distinguido compañero: Con verdadero júbilo me entero por su carta que la importante Revista de ciencias médicas LA CLÍNICA CASTELLANA, redactada por tan eximios e ilustres compañeros, piensa dedicar un homenaje de admiración y de cariño al eminente doctor don Emilio Alvarado, queridísimo amigo mío, cuyos méritos extraordinarios he encomiado y encomiaré siempre.

Nuestro insigne compañero ha dedicado toda su laboriosa vida, a practicar el bien. No solamente es un médico sabio, orgullo de la tierra castellana, sino que es un hombre generoso, abnegado, un verdadero apóstol a quien debe la infancia española perenne gratitud.

La premura con que me pide un trabajo para el homenaje me imposibilita, dados los abrumadores quehaceres que me agobian en este momento, escribir todo lo que me dicta el corazón al pensar en la perseverante y entusiasta labor del gran Alvarado.

Pienso dedicarle también en *Pro Infancia*, órgano del Consejo Superior de protección, el recuerdo a que se ha hecho acreedor por su amor a los niños.

Le ruego muy encarecidamente le dé usted en mi nombre un cordialísimo abrazo. Recíbanlo también ustedes cuantos pertenecen a la Redacción de la Revista, pues en estos tiempos de mezquinas envidias y ruines ambiciones, consuela pensar que existen vigorosos y potentes los vínculos de solidaridad de la gran familia médica.

Queda de ustedes apasionado compañero y amigo, q. l. e. l. m.,

MANUEL DE TOLOSA LATOUR,
De la Real Academia de Medicina.

Mayo 1 de 1915.

ALVARADO... RIOJANO

El nombre de don Emilio Alvarado, es popular en la Rioja.

Años hace que la Diputación de Logroño, queriendo premiar los servicios que tan desinteresadamente prestara a los pobres de aquella Región, le nombró médico honorario de la Beneficencia pública y editó, de su cuenta, numerosísima tirada de unas interesantes cartillas que contenían preceptos higiénicos, muy útiles, para evitar la ceguera en los niños.

Si mi ausencia de esta Ciudad no me hubiera privado de asistir al homenaje que el pueblo de Valladolid, en fecha reciente, tributó al señor Alvarado, yo a fuer de Riojano y asumiendo una representación aun más unánime que la que en mi país natal, inmerecidamente, logré en ocasiones varias, en los comicios, hubiera entusiasta, levantado mi copa para brindar por el eximio oculista, ofreciéndole el testimonio de agradecimiento de mis paisanos en general y muy singularmente de tantas y tantas madres de las que puedo atestiguar, que gracias a la pericia de Alvarado se pueden mirar gozosas *en los ojos de sus hijos*.

SANTOS VALLEJO,
Diputado a Cortes.

* * * * *

Enaltecer al doctor Alvarado y dar notoriedad a su obra silenciosa de saber y de amor al prójimo, excelencias que en otra profesión alguna se juntan tan estrechamente como en la del médico, no tan sólo es justicia y obligada gratitud para con él; además dá al buen ejemplo la radiación social que le hace fecundo, como a un foco luminoso el reflector. Pueblo que dejase pasar inadvertidas vidas tan bien empleadas como la del doctor Alvarado, no mereciera contarle entre sus hijos.

ANTONIO MAURA



* * * * *

Tratándose de un homenaje en honor del señor Alvarado, que ha prodigado su ciencia y sacrificado su fortuna en beneficio de los enfermos pobres, mi entusiasta cooperación no puede ni debe faltar. Lo conceptúo como una obra de justicia que hay que realizar para ejemplo y estímulo de los muchos que pasan por el mundo rindiendo culto al egoísmo.

MELQUIADES ALVAREZ

INDISCRECIONES

Hay en la historia de los hombres algo íntimo que permanecería inédito si alguien no cometiese la indiscreción de exteriorizarlo.

Estas intimidades son, por regla general, los recuerdos que más satisfacen al espíritu, hasta el punto de que, aparte de la modestia que contribuye a ocultarlos, es la fruición que el alma siente al rumiarlos a solas lo que más influye en que no se trasluzcan. Son, la mayor parte de ellos, *secretos del alma*.

Yo he leído con delectación, he saboreado con placer, lo que hombres insignes e ilustrados compañeros han dicho en esta publicación a propósito de Emilio Alvarado.

Y queriendo completar el interesante *estudio* que ellos han hecho de nuestro eximio compañero, he tratado de inquirir estos secretos de su espíritu, estos recuerdos de su vida, para hacerlos públicos.....

Bien sé yo que ello me costará un disgusto con don Emilio; pero es tan bueno, que cuento de antemano con su perdón.

Ahí va, pues, lo que he podido averiguar, no sin gran esfuerzo.

Mis indiscreciones se refieren a algo de la vida de Alvarado, y a algo de la correspondencia particular de Alvarado (Dios y él me perdonen esta violación).

De su vida.—Es de todos conocido, que a los 16 años de edad, estudiando el primer curso de Medicina, don Emilio se escapó de su casa para alistarse como voluntario en la legión extranjera de Francia, cuando esta nación sostenía una terrible guerra con Alemania; que tomó parte en la defensa de Orleans; y que, al rendirse esta ciudad, fué hecho prisionero por los prusianos, los cuales le trasladaron a Straubing (Baviera).

Acerca de su cautiverio he aprendido algo interesante: durante los primeros días, como no tenía dinero alguno, se le destinó a un pabellón en el que estaban los prisioneros más pobres. Pronto sus compañeros le tomaron un cariño tal, que le suplían en los servicios más penosos—subir agua, limpiar retretes, etc—.Algún tiempo después, enterado su padre del sitio en que se hallaba, empezó a enviarle mensualmente 250

pesetas, con cuyo dinero hubiera podido haber hecho más llevadera su situación, pues por un marco diario le hubiesen trasladado a un pabellón de prisioneros distinguidos. Pero don Emilio prefirió continuar con sus antiguos camaradas, con los más pobres, y destinaba ese dinero a aliviar las penalidades de sus humildes compañeros de prisión. Entre éstos había cuatro españoles; uno de ellos, un tal Pavía, valenciano, que había sido asistente de Pedro Karageorgevitch, actual Rey de Servia, y en aquel entonces capitán del Regimiento en que sirvió Alvarado. Don Emilio fué la Providencia de sus camaradas pobres..... Algunos meses su dinero no daba de sí para los 30 días; pero si los demás pasaban hambre, Alvarado la pasaba también.....

¡Este era don Emilio a los 17 años!

*
* *

Transcurrió el tiempo, y Alvarado llegó a ser un oculista de fama. Que yo sepa, le hicieron ir a Santiago de Galicia para operar a la esposa del Rector de aquella Universidad, ilustre Profesor de Medicina; y a Pontevedra para operar a un próximo pariente de un exministro: y a la Rioja y..... a todas partes.

En una ocasión, teniendo necesidad de ir a Logroño, vió en Palencia a un pobre albañil que precisaba con urgencia una operación. Como el viaje era inaplazable, no se le ocurrió otra cosa que llevarse con él al albañil—pagándole viajes, posada y hasta tabaco—para en Logroño, con toda calma, poderle operar y curar.

Y éste no es un caso aislado: lo mismo hizo con un sastre de Tuy que se llevó a Orense, y con un consumero de León que se llevó a Lugo, y con muchos más que no recuerdo.

Por cierto, que al consumero, no pudiéndole llevar consigo, le dió dinero para el viaje; mas al llegar a Lugo reclamóle aquél *cincuenta pesetas* que dijo le había costado ir en carro desde Brañuelas a aquella Ciudad. Don Emilio se las pagó sin protestar y, a pesar del timo, le operó gratuitamente, le mantuvo y le costeó el viaje de vuelta.

*
* *

Un día recibió Alvarado un talón del ferrocarril para recoger un cajón que venía facturado de Vigo. Contenía gran cantidad de distintas clases de pescados. Era un regalo: varios pobres pescadores de aquella población, a quienes había curado gratuitamente, no encontrando otros medios a su alcance para demostrarle su gratitud, se reunieron un día y salieron juntos a pescar para don Emilio.....

*
* *

En cierta ocasión fué a Madrid; se enteró de que en la Sociedad Española de Higiene se discutía el tema «Importancia social de la blenorragia» y allí se presentó Alvarado. ¡Cómo no, si era su preocupación constante!

Entró en la Sala y tomó asiento entre el público. Pero alguien, que sin duda le conocía, debió decir al doctor Fernández Caro, que presidía la sesión, que Alvarado estaba en el local, pues el Presidente hizo que le llamasen, y le obligó a sentarse a su derecha, diciéndole: «este es su puesto». En su vida pasó don Emilio más vergüenza.

* * *

He tenido verdadero interés en averiguar lo que Alvarado se gastó al fundar el Instituto Oftálmico, y no lo he podido conseguir. No obstante, me he enterado de algunas *menudencias*: Sólo en material para la sala de operaciones y en aparatos de alumbrado, empleó 3103·50 pesetas. Conozco esta cifra porque la pagó por mediación de la casa «Hijos de Moliner» los cuales me lo han manifestado.

Además encargó todo el material completo de laboratorio a la casa Weis, de París; ignoro el precio, pero sí sé que a la vez pidió también unas camas para los enfermos de su Instituto, iguales a las que tiene la «Fundación Rothschild», y que sólo las aduanas del material de laboratorio y de las camas, importaron más de 500 pesetas.

Por el electro-imán que hizo traer pagó unos 2500 marcos.

* * *

El día 13 de febrero de 1905, estando en Berlín mis buenos amigos don Vicente y don Ramón Moliner, compraron por encargo de Alvarado y para él, un milígramo de radium, el cual trajeron ellos mismos. No han sabido decirme lo que costó; sólo recuerdan que los cambios estaban entonces al 40 por 100.

Yo que veo que en el año 1915 algunos médicos alardean de haber comprado radium, tal vez por lo caro que cuesta, quiero hacer constar que hace ya diez años que lo compró Alvarado sólo porque había leído que daba buenos resultados en las conjuntivitis granulosas.

¡Por muchas que con él haya tratado, no se habrá podido reintegrar de lo que dió por él!

* * *

Siempre me había extrañado y no sabía explicarme el por qué Alvarado hacía sus viajes a Galicia en tren mixto. Por fin averigüé la causa: los rápidos y expresos no se detienen más que en muy

contados pueblos; y don Emilio aprovecha las paradas del tren mixto para ver los enfermos que salen a buscarle a las estaciones. Todos los años le escriben infinidad de ellos preguntándole el día y la hora en que pasará... Don Emilio se lo dice, les ve al pasar, toma notas y, al finalizar el viaje, escribe a cada uno de ellos indicándole el tratamiento que ha de seguir y adjuntando la receta. Por esto viaja por Galicia en trenes mixtos.

*
**

El doctor Alvarado lleva tratados más de 70000 enfermos. ¡Si tuviese ahorradas cinco pesetas por cada uno de los que vió!.. seguramente no se le hubiesen hecho estos homenajes.

De su correspondencia particular.—Voy a limitarme exclusivamente a dar a conocer algunos párrafos de cartas extranjeras, todas ellas de oculistas eminentes, escritas hace ya algunos años. Citaré fechas y firmas, pues de ser indiscreto prefiero serlo del todo; y más, teniendo la seguridad de que los autores de estas cartas se alegrarían de esta indiscreción, si lo supiesen.

Con fecha 1 de diciembre de 1903 decía el doctor Hermann Cohn, Profesor de la Universidad de Breslau (Alemania) lo siguiente: «Debemose estarle muy reconocidos, querido colega, porque usted ha sido el primero en España que ha hecho una grande encuesta sobre esta pérfida enfermedad (La oftalmía purulenta). Yo no dudo que vuestra obra será ventajosísima para el bien de la humanidad, y bendita por los ojos de los recién nacidos en vuestra patria».

«Yo deseo que vuestras municipalidades, vuestros médicos, vuestro Gobierno, los directores de las maternidades, estudien vuestra hermosa obra muy sinceramente, y sigan vuestros consejos. Entonces, con toda seguridad, la blenorrea ocular desaparecería en España».

El doctor Henri Coopen, de Bruselas, escribía el 1 de enero de 1904: «Lucha usted por un una buena causa; por esta razón, todos los que quieran aliviar las miserias del pueblo, le aplaudirán y le animarán».

El 6 de octubre de 1909, el doctor Santos Fernández, de la Habana, le escribía desde New-York: «El Congreso de la *American Academy of Ophthalmology* terminó hoy sus sesiones; al final se me acercó el doctor Park Lewis, de Búfalo. En seguida le recordé que él en los Estados

»Unidos, Cohn en Alemania, y usted en España, eran los más fervientes defensores de la profilaxis de la oftalmía neonatorum. Me dijo que »sentía no conocer a usted personalmente, encargándome que ofreciese a usted sus respetos y alta estima».

Y en otra carta que desde la Habana le escribió el 17 de marzo de 1907, le dice: «El doctor F. Westbrook, Presidente del Comité para el »estudio de la oftalmía neonatorum, de *America Medical Asociation*, »cuyas sesiones han de celebrarse del 4 al 7 de junio próximo, me ha »mandado, como a usted, un cuestionario que he contestado ya. Como »nosotros tenemos para mayo próximo, igualmente, la reunión del »Congreso de la Sociedad de oftalmología Hispano-Americana, he pensado someter el mismo cuestionario a dicho Congreso, y que usted »envíe desde Madrid al doctor Westbrook el resultado».

«Me ha movido a ello, el deseo de que los oculistas de lengua »española figuremos en el concierto de los de las otras. Además, »sin pretender halagar a usted, sino haciéndole justicia, porque está en »España uno de los apóstoles de la cruzada contra esta oftalmía; y este »apóstol es usted».

El doctor Dastot, de Mous (Bélgica) le escribía el 18 de enero de 1904: «Yo espero que el Gobierno de vuestro país apreciará y recompensará como lo merecen, vuestros trabajos que tan alta importancia »humanitaria tienen».

La Secretaria de *New York Association for the Blind*, Miss Carolyn C. Van Blarcom, le dirigió con fecha 19 de octubre de 1909 la siguiente carta: «El doctor Park Lewis, en su reciente visita a esta ciudad de »New-York, nos habló del placer que había tenido al conocer las obras »de usted y enterarse de algunos particulares acerca de la obra que »usted viene haciendo en su patria, siguiendo el mismo método que este »Comité piensa poner en práctica. Él mismo propuso que esta Secretaría se dirigiese a usted pidiéndole informes referentes a los trabajos »que usted hace y a los resultados obtenidos».

«Si no le sirviese de molestia, le rogamos nos remita la literatura por »usted publicada acerca del asunto, atención que le agradeceríamos »profundamente».

El 24 de diciembre de 1903, el doctor G. Norsa, Profesor de la Universidad de Milán, escribía: «Ha hecho usted un estudio completo »de la oftalmía purulenta examinada desde todos los puntos de vista. »Y dado el sacrosanto motivo que le ha inspirado, es usted digno de

»la recompensa y admiración de todos los que nos preocupamos de la
»higiene y del bien de la humanidad. Yo confío en que vuestro Gobier-
»no recompensará de un modo oficial vuestro esfuerzo, como usted se
»merece».



Para qué seguir. Tengo a la vista cartas del doctor Sydney Stephen-
son, de Londres; del doctor Kubli, de San Petersburgo; del doctor Ada-
muk, de Kazan (Rusia); todos dicen lo mismo; todos ellos han sido los
PRECURSORES DE ESTE HOMENAJE.

Más anunciaban, más esperaban, más querían; pero es que no cono-
cen a los Gobiernos de nuestro país; es que no conocían a Alvarado
más que por sus obras. Hubiera sido político, hubiera dispuesto de
votos, se hubiera valido de su profesión para el medro personal, y Alva-
rado hubiera sido declarado *sabio oficial*; pero don Emilio, que jamás
ejerció la profesión, pues lo que ha ejercido es un sacerdocio; que fué
incapaz de pedir nada, ni de aprovecharse de las amistades que con su
clientela pudo haberse creado; que no vió en los enfermos más que en-
fermos, pensado siempre en el bien que hacerlos pudo, y jamás en el
que de ellos podía recibir; que con su exagerada modestia ocultó cual
defectos sus grandes méritos..... ¡Cómo iba a recibir nada de nuestros
políticos, acostumbrados a conceder mercedes que se solicitan, más
que a rendir honores y a otorgar recompensas a los que las merecen y
no las piden!

Después de todo, es lo que dirán nuestros hombres públicos: «¡Qué
obligación teníamos de conocerle si nadie nos habló de él ni de sus
obras! ¡Cómo íbamos a premiar lo que no conocíamos!» Es verdad.
Por esto Valladolid ha hecho ahora, lo menos que podía hacer con Alva-
rado: dárle a conocer.

Y una vez conocido, esperemos a ver cómo en las altas esferas de
la política se premia la ciencia, la abnegación, el sacrificio, de un hom-
bre sabio y bueno y pobre porque repartió a manos llenas entre los
enfermos necesitados todo cuanto ganó; de un hombre que si no hizo
política menuda, hizo una *gran política exterior* admirable, llevando al
mundo entero sus obras, su ciencia, sus trabajos, que eran de un espa-
ñol; y dignificando y elevando así el nombre de España ante la faz del
Universo.

Vaya como prueba de ello, la siguiente carta del doctor Schoute, de
Leyden (Holanda) escrita en enero de 1898 al remitir al doctor Alvarado
unos datos que éste le había pedido acerca del tratamiento de la oftalmía
neonatorum, en la clínica oftalmológica de la Universidad de Leyden.
Dice así:

«Sabe usted señor Alvarado que nuestra Universidad fué fundada en
»recompensa al valor mostrado por nuestros antepasados, víctimas de

»las crueldades del sitio que vuestro compatriota, el duque de Alba, »puso a nuestra pobre Ciudad».

«El cuidado que yo he puesto en la composición de la estadística »adjunta, será para usted, yo lo espero, la prueba de que las ideas de »enemistad entre nuestros países, se han borrado ya, si no de nuestra »memoria, al menos de nuestros corazones».

¿No es esto política exterior?

Para terminar: el 30 de marzo de 1898 le escribía desde Brunswick (Estados Unidos) el señor R. Torras, lo siguiente: «Si no le escribiese »hoy, quizás no pudiese hacerlo más adelante, porque me temo que de »un momento a otro se declare la guerra entre España y este país».

Es decir; que cuando todos los españoles nos ocupábamos de insultar a los yanquis, y los yanquis de injuriar a los españoles, dos hombres de ciencia, absortos en su obsesión de hacer el bien, borran las fronteras, salvan las distancias y sólo se ocupan y sólo piensan en trabajar para que no haya ciegos.

¿No es esto hermoso?



Si este número extraordinario que LA CLÍNICA CASTELLANA dedica al doctor Emilio Alvarado cayese por casualidad en mano de uno de esos hombres privilegiados que rigen los destinos de nuestra nación, yo me atrevería a suplicarle, con todos los respetos debidos, que después de leído, pensase unos momentos lo siguiente: «Si este Alvarado hizo todo esto sin apoyo alguno oficial, sólo con sus escasos recursos, sólo con su único esfuerzo ¿qué no hubiera hecho si el Estado le hubiese ayudado un poco?»

PEDRO ZULOAGA MAÑUECO,

Secretario de Redacción de «La Clínica Castellana».

Biblioteca Pública de Valladolid



10000236884

SL F-1991 _

